

C.1

# La Escolástica Celosa

De

Lope de Vega

Personajes que hablan

Julia, dama.  
Celia, dama.  
Tebandra, dama.  
Cardenio, estudiante.  
Vireno, su amigo.  
Valerio, galán.  
Marcio, galán.  
Ostilio.  
Plácido.  
Octavio, estudiante.  
Leonardo, estudiante.  
Porcelio, estudiante.  
Olimpo, criado de Cardenio.  
Fabricio.  
Persio.  
Honorio.  
Licinio.  
[Un paje]

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
**SMJEG**  
Facultad de Humanidades  
UPR-PP

## Jornada Primera

( Sale Cardenio con manteo y sotana, y Vireno, su amigo, y Julia, dama. )

Cardenio: Vos, señora, habéis llegado  
donde podéis descansar.

Julia: Por fuerza ha sido el lugar  
y despediros forzado.  
Bien de espacio hemos venido;  
mas no hay plazo que no alcance.

Cardenio: Yo le llamo en este trance  
lazo de mi bien perdido.  
¡Que corto camino tiene  
la voluntad en el gusto!

Julia: Y ¡cuán largo es el disgusto  
que por cortos pasos viene!  
Quiérome entrar, no me sienta  
mi madre. Cardenio, adios.

Cardenio: Cuando se enoje con vos  
poned su enojo a mi cuenta,  
y esperad, por Dios, un poco.

Julia: Mal su condición sabéis.

Cardenio: Señora, no me culpéis,  
que estoy por extremo loco.  
Volvedme a dar esa mano.

Julia: Y con el alma os la doy.

Cardenio: Con tal mano desde hoy  
ricas esperanzas gano.  
¡Oh, mano, en cuyo poder  
está mi vida o mi muerte!  
Mano poderosa y fuerte,  
donde es ganar el perder;  
mano hermosa y vengativa,  
agraviadora y suave;  
mano libre y dulce llave  
de la voluntad captiva.  
¡Oh, mano, que de esta vez  
con el alma misma os toco!

Vireno: Ella vendrá poco a poco  
a ser mano de almirez.  
Éntrate, Julia, en tu casa,  
no escuches este perdido

Julia: Segunda vez me despido.

Cardenio: ¡Oh, mano, en mi bien escasa!  
Aguarda, mano cruel,  
mano vengativa y fiera,  
mano que gustas que muera  
hombre que vive sin él,  
mano de Scévola fiero  
y de un robusto Nerón.

- Vireno: Más propia comparación  
fuera Acella de mortero.  
Acaba; déjala entra,  
que la reñirá su madre.
- Cardenio: Más debe a su mismo padre,  
que tiene el primer lugar
- Vireno: ¿Quién es su padre?
- Cardenio: El Amor,  
que es padre de cuanto hoy vive,  
y de quien forma recibe  
toda materia en rigor.  
Amor engendra, amor cría,  
amor conserva y sustenta;  
el amor el mundo aumenta,  
sin amor se acabaría.  
Ama al hombre el pez y el ave,  
la fiera, la planta, y todo  
ama y quiere de tal modo  
que su género no acabe.
- Vireno: Éntrate, Julia.
- Julia: Porfía  
a tenerme.
- Vireno: Pues advierte  
que por solo detenerte  
te habla Filosofía.
- Julia: Adiós, Cardenio.
- Cardenio: Señora,  
de tu estudiante te acuerda.
- Julia: Tu amor me inquieta y recuerda.
- Cardenio: Mi bien, ¿que has de hacer ahora?
- Julia: Dormir pienso, por tu vida,  
que estoy desasosegada.

Cardenio: ¡Quien te viera, Julia amada,  
al dulce sueño rendida,  
o quien fuera el mismo sueño  
y esas estrellas cubriera.  
Porque en este punto fuera  
de tus bellos ojos dueño.  
Vete y llévame la vida.

Julia: La mía te queda aquí.

Cardenio: ¿Qué vas a acostarte?

Julia: Sí

Cardenio: ¿Luego?

Julia: Voy medio dormida.

*(Vase Julia)*

Cradenio: ¡Fuése, entróse, aquí quede!  
Vireno, mi bien se va.

Vireno: ¿A quién no provocará  
a risa tu amor?

Cardenio: No sé,  
sino es a un hombre discreto,  
a un cuerdo, a un bien entendido.

Vireno: Mejor dirás a un perdido,  
a un majadero, en efecto,  
¡Pesar de mí! ¿Tu naciste  
en Toledo, cuyo clima  
por el mas feliz se estima  
del ingenio que ofendiste?  
¿Tú entre gente te has criado  
que profesa discreción?  
¿Esas las liciones son  
y el crédito celebrado?  
¿Tú, que predicar solías  
a los amigos desden  
y que para querer bien  
antídotos escribías,

no los tomas para ti,  
y con ese ciego amar  
ocasión les quieres dar  
a que se burlen de ti?

Cradenio: ¿Quién esa verdad te niega?  
Una cosa es escribillo,  
Vireno, y otra sentillo.  
El que mira mejor juega.  
¡Triste de mi, que mi marido  
vi sobre la tabla el lance,  
y puesto en el mismo trance  
ciego estoy, a oscuras ando!  
Amo a una extraña mujer  
que tiene en la condición  
por alma un camaleón  
imposible de saber.  
Con esto a engañarme viene,  
Pues el alma es como el viento,  
mira tú qué entendimiento  
sabra la color que tiene.

Vireno: Si; pero bueno sería  
que, templando tanto amor,  
conocieses el color  
de tu fuego o nieve fría.  
el que ama, si es discreto,  
siempre, amigo, ha de tener  
sospecha a la mujer  
si es su amor falso o perfecto.

la razón porque esta dado  
en fingir lo que ha fingido,  
es porque te ha conocido  
perdido de enamorado.  
Tanto, que aunque agora quieras  
fingir que no le amas tanto,  
tu risa tendrá por llanto,  
tus burlas tendrá por veras.  
Y mas que es la mujer discreta  
y tiene algo de taimada;  
que aun pienso que esta ocupada  
de otro viento la veleta.

Cardenio: ¿Qué he de hacer? Ya le mire,  
Ya le ame, ya me perdí.

Vireno: Volver, si es posible, en ti  
y que menos loca este.  
Si a su puerta te anochece  
y mientras la noche calla  
lloras tú y el sol te halla.  
¿qué ha de hacer sino dormir?

Cardenio: ¡Oh, consejos de hombre sano!

Vireno: Sano, y de Castilla, hermano;  
quiero lograrme vivir;  
¡ que bonito que era yo  
para andar en estos pasos,  
rondando casas y casos!  
¿Yo toda la noche estar  
como cuero de aire lleno?  
A dos horas, del sereno,  
Me pudieran enterrar.  
¿Yo escribir? ¿Regalar yo?  
¿Yo estar mudo? ¿No comer?  
¿Yo esperar desde un ayer  
un hoy que nunca llego?  
A los bobos; que mi cama,  
después que he cenado bien,  
Antes que las ocho den  
es mi señora y mi dama.  
¿De un sabio oído no has,  
entre varios pareceres,  
que usaba de las mujeres  
por necesidad no más?

Cardenio: ¡Oh, bruto! ¡Oh, bestia! ¡ Oh, enemigo  
del mayor bien, que es amor!  
A mi mal era rigor  
ese infame, que maldigo.  
¿Qué vale ese fin, que vale  
sin requebrar ni rogar,  
sin llorar, sin esperar,  
sin ver si sale o no sale.  
Sin tomar la hermosa mano  
temblando de amor y miedo,  
sin sufrir aquel "no puedo"  
y aquel "¡ay, Dios, que villano!"  
aquel fingirse cruel,  
llamándole loco y ciego  
y aquel allanarse luego?

Vireno: Anda, que eres moscatel.  
¿Hay cosa como llegar  
cuando hay hambre en la comida,  
sin que pida ni despida  
y oír tañer sin templar?  
Esta es mucha sutileza.  
sueño, comida y mujer  
son tres cosas que han de ser  
de común naturaleza.  
¡Vive Dios, no sufra yo  
un melindrillo estudiado  
y un "téngase, que me enfado",  
y un ... al fin que dé un no,  
por cuanto tiene Florencia!  
¡Oh, bien haya una fregona  
que al hablar con la persona  
le hace la reverencia!  
Vamos, mi señor Macías,  
y mudará de sotana.

*(Entra Valerio y Ostilio)*

Ostilio: Ya tus descuidos, señor,  
Esto y mucho mas merecen.  
Quien ama siempre ha de estar  
con el cuidado en la mano,  
como quien sirve a tirano,  
que siempre le ha de agradar.  
¿Tiene buen rostro y buen talle  
ese estudiante?

Valerio: Bastante  
a que no mate ni espante.

Vireno: (¿No ves que hay gente en la calle?  
¿No nos hemos de ir de aquí?)

Cardenio: Vireno, ¿estará durmiendo  
Julia?

Vireno: Si.

Cardenio: No hagas estruendo,  
Que duerme mi vida allí.)

(Vanse)

Valerio: Gente se va de la reja.

Ostilio: Alguien pasaba, y paróse.

Valerio: No es posible que repose,  
Amor, quien de ti se queja.  
a quien los celos enojan  
imita, triste, afligido,  
a quien bueyes a perdido  
que la sombra se le antojan.

Ostilio: Mejor pudieras decir  
al que bueyes ha ganado,  
que un celoso imaginado  
al coco puede salir.

Valerio: ¡Cómo Julia te ha engañado!  
¿Y eso no es fácil de hacer?

Ostilio: ¿Cómo?

Valerio: Siendo ella mujer  
Y yo hombre que la ha amado.

Ostilio: Mira que en todo lugar  
tiene ya la discreción  
de este estudiante opinión,  
y en mujer no hay que fiar.

Valerio: Julia es mía.

Ostilio: Eso es verdad;  
Pero no te cause enojo  
Ver que la rija antojo  
De cualquiera novedad.

Valerio: Calla, necio. Llega y llama,  
que en mi angustia posesión  
su esperanza y mi opinión  
es como estopa en la llama.

( Sale Julia a la ventana )

Ostilio: Julia abrió, llégate a hablar.



Valerio: ¡Oh, mi Juila!

Julia: ¡Oh, mi Valerio!  
No fué el salir sin misterio.

Valerio: Púdote el alma avisar,  
digo la mía, que vive  
dentro de mi mismo pecho.

Julia: Sin duda el milagro ha hecho  
la que de ti luz recibe.  
¿Cómo estás?

Valerio: Estoy quejoso,  
loco, ignorante, impaciente,  
solícito, diligente.

Julia: ¿Quieres decir?...

Valerio: Soy celoso.

Julia: ¿Tú celos? Y ¿de quién, di,  
si sabes que yo te adoro?

Valerio: De un estudiante de oro  
Que ayer a tu cuello vi.

Julia: ¡Jesús! ¿Tan jirafa era?

Valerio: El lo debe de pensar.

Julia: No creas que en tal lugar  
con tantas ropas cupiera.  
Y ¿para qué buenos son  
Con tantas cargas y cargos?

Valerio: Los hombres de faldas largos  
son cortos de dilación.  
Temo, Julia, que se valga  
de la industria y del buen seso,  
y de sus faldas el peso  
a la cabeza me salga.  
¿No ves las melancolias  
de unas sotanas muy santas?  
Pues no encubra industrias tantas  
un libro de tropelias.

¿Ves aquel encogimiento?  
Pues en quedando en jubón  
más salta a cualquiera son  
que una pelota de viento.  
Mal conoces tú estudiantes  
que pasan burlas y veras,  
que a fe que son de primeras,  
más que de letras pasantes.  
Guárdate de él.

Julia: Es un necio.

Valerio: Menos te vengo a creer,  
Que es muy propio en la mujer  
Estimar y hacer desprecio.  
Mucho te habrá regalado.  
¿Hate dado algún soneto?

Julia: Ya no corre el ser discreto,  
que son letras de cornado.  
No entiendo filosofías;  
sólo te quiero, mi bien.

*(Entra Cardenio; Vireno, en hábito de noche, y dice Cardenio)*

Cardenio: (Puesto que durmiendo estén...

Vireno: ¿Qué no podrás si porfías?

Julia: Apártate de la reja,  
que suena gente en la calle

Cardenio: (Un hombre, y no de mal talle,  
donde me quejo se queja.)

Valerio: (Quiérome aquí desviar.)

Cardenio: (Vireno, Valerio, es éste.  
Aunque la vida me cueste  
he de ocupar su lugar.

Vireno: Pues llega y la reja ocupa,  
que dos somos para dos.)

Valerio: (Eso merece, por Dios,  
quien su lugar desocupa  
Ostilio, obligado quedo  
a quitar los dos de aquí.

Ostilio: Yo sin espada salí  
y tengo un poco de miedo.  
Vamos y llama un amigo  
y no sufras este agravio.

Valerio: ¿Estará en su casa Otavio?

Ostilio: Sí.

Valerio: Sígueme.

Ostilio: Ya te sigo.)

(*Vanse*)

Cardenio: Cruel, que para mi mal  
duermes y para el ajeno  
estás despierta al sereno,  
escucha esta voz mortal;  
escucha las ansias mías,  
que bien sé que estás despierta.

Julia: ¿Quién llama a mi reja y puerta?

Cardenio: Un hombre que amar fingías,  
un cuerpo con alma ajena  
que un tiempo con ella estuvo,  
pues la que primero tuvo  
ya es alma que vive en pena.  
Una sombra del que fuí,  
una desdicha que fué,  
un lince que ya no ve  
y un ciego que agora vi.

Julia: Que eres loco te confieso,  
y tengo por cosa llana  
que en dejando la sotana  
arrimas con ella el seso.  
¿Dices de un hombre que estaba

en aquesta puerta ahora?

Cardenio: Sí, que es Valerio, señora,  
y sospecho que te hablaba.

Julia: Sospechas mal, que la calle  
a nadie negar se puede.  
Basta que por tuya quede  
y que yo no quiera hablalle.  
Anda, vete, que estás loco.

Vireno: Ya yo, Julia, se lo digo.

Julia: ¿Es Vireno?

Vireno: Y un amigo  
que no le castiga poco.—  
vete [a] acostar, que eres necio.

Cardenio: ¿De aquí me podré apartar?

Julia: Con esto, me entro a acostar.

*(Entrase Julia de la ventana)*

Vireno: Tú das causa a este desprecio.  
Fuése y cerró la ventana.

Cardenio: ¡Oh, mi amada celosía,  
mirándoos me mire el día,  
háleme en vos la mañana!  
No me apartaré de aquí.

Vireno: Quitate, loco, ignorante.

Cardenio: No ha de haber quien me levante  
de aquí un punto.

Vireno: Estáte ahí.

Cardenio: Echarme he en este suelo  
hasta que la dulce salva  
que hace a la tierra el alba  
me despierte el sol del cielo.

Vireno: Pues sosiega a tu placer  
mientras me voy poco a poco,  
que quien acompaña a un loco  
cerca está de enloquecer.

*(Vase)*

Cardenio:

Echado en este suelo, ¡oh, luces bellas,  
cuya piedad en mi remedio invoco,  
con lo suspiros de mi alma os toco,  
que os igualan también en ser centellas!  
¡ Oh, Bocina famosa, lumbre entre ellas,  
y tú, Lucero, que no amaste poco,  
si estrella eres de Venus, yo soy loco,  
que a media noche cuento las estrellas!  
¡ Oh, Carro celebrado! ¡ Oh, lumbres puras!  
¡ Oh, Norte hermoso, que en el alta corte  
Del cielo estuvo, donde estáis seguras!  
De mi estrella la luz al sol importe;  
ante su claridad serán oscuras,  
la Bocina, el Lucero, el Carro, el Norte.

*(Sale Valerio, Octavio, Ostilio, arrodados)*

Valerio: Quedó en la reja.

Octavio: Ya entiendo;  
pero de esta valentía  
presto verás si me ofendo.

Cardenio: (Este viene en busca mía  
con tantas armas y estruendos.  
Muchas armas ha traído  
para un hombre tan vencido  
de las manos de un recelo,  
que se ha echado por el suelo  
de confesarse rendido.  
Callar quiero y escuchar,  
que tiempo habrá conveniente.)

Octavio: ( No ha conservado el lugar.  
Por mi vida, que es valiente!—  
Aunque duerme he de llamar.)  
¿Ce? ¿Ce?

- Julia: No estoy tan dormida  
que no te escuche, mi vida,  
mi alma y todo mi bien.
- Cardenio: (Mala pedrada te den,  
falsa, mujer fermentada.  
Mirad lo que hay que fiar.)
- Valerio: ¿Qué se ha hecho el fanfarrón  
que ocupa este lugar?
- Julia: Hícele cierto sermón,  
y fuese.
- Valerio: ¿Adónde?
- Julia: A acostar.
- Valerio: ¿Pusístele acaso, miedo?
- Julia: Dije de tí lo que puedo.
- Valerio: Mal has hecho en desvialle  
esta noche en la calle.
- Julia: ¿Cómo así?
- Valerio: Corrido quedo;  
que no porque me autorices  
es bien que se me halla ido.
- Julia: ¿Y que de veras lo dices?
- Valerio: ¡Bueno! Había prometido  
a tus rejas sus narices,  
y Octavio se aniquila  
de ver que en balde se afila  
la espada, que le afrentáis.
- Cardenio: (¿Narices? ¡Por Dios, que estáis  
entre Caribdis y Scila!  
¡El diablo que las sonara,  
aunque romadizo hubiera!)
- Octavio: ¡Que yo a tiempo ni llegara  
para que un paso le hiciera

de oreja a oreja en la cara!

Cardenio: (¡Lleve el diablo el pasadizo  
y quien tales pasos hizo!\_  
¡Vive Dios, que es cobardía  
no volver a por la honra mía!)

Valerio: Todo mi bien se deshizo.—  
Bien os podéis, Julia, entrar.

Julia: No os dé celos este necio.

Cardenio: (¡Mirad si me sabe honrar!)

Julia: Sólo a vos estimo y precio:  
en el alma os doy lugar.

Cardenio: (¡Y yo te la daré a ti  
Donde me la das a mí!)

Valerio: Adiós, Julia.—Octavio, vamos.

Octavio: ¿Que tantas armas sacamos  
para una liebre?

(Vanse)

Cardenio: (¡Ay de mí!)  
Detente, Julia.

Julia: ¿Quién es?

Cardenio: Cardenio soy.

Julia: ¡Oh, mis ojos!

Cardenio: ¿Tus ojos?

Julia: Mis ojos, pues.

Cardenio: ¿Tus ojos o tus enojos?

Julia: Menos cuando más me des.

Cardenio: ¿Ha venido alguien aquí?

Julia: Aquel Valerio, aquel loco,  
vino a preguntar por ti.

Cardenio: ¡Que me tengas en tan poco  
que así te burles de mí!  
¡Ingrata! Yo oí mi nombre  
en tu boca, y no te asombre  
no querelle defender,  
porque por tan vil mujer  
no es bien que se pierda un hombre.  
¿Era yo aquel que querías?  
¿Era yo aquel adorado?  
¡Qué bien dorarme sabías  
el hierro que ha traspasado  
las nobles entrañas mías!  
¡Tu maldad he descubierto!  
Todo lo sé, todo es cierto;  
las piedras tiene oídos.  
¡Vuelvan esos atrevidos  
que de palabra me han muerto!  
¡No más mujer sin amor,  
que yo la sabré buscar  
donde me estimen mejor!  
¡Quiero el hábito dejar  
testigo de tu rigor!  
En él dejaré mis daños  
y tus pesados engaños  
como culebra el pellejo,  
que en un desengaño es consejo  
para remediar los años.  
De mi amor honrado indigna,  
y no amante, mas diamante;  
pero no es piedra tan fina  
mujer que es tan falsa amante.  
Liberal en prometer  
y escasa para cumplir  
mujer mil veces mujer,  
para mil veces decir;  
hermosa para ser cebo  
de las falsas esperanzas,  
que agora burladas llevo;  
instrumento de mudanzas,  
a quien a que intento debo.  
¿No respondes, inhumana?



¡Cruel, mudable, liviana!

Julia: ¡A un estudiante tan necio  
no quiero hacer más desprecio  
que darle con la ventana!

*(Vase)*

Cardenio: ¡Cierra, que también yo cierro el pecho,  
adonde no hallará lugar tu alma  
mientras tu agravio viva en mi memoria!  
¡Oh, noche, la postrera d mi vida,  
si en ti llegase ya mi entero sueño  
y me buscase la dichosa muerte!  
Pues Julia me engañó, ¡venga la muerte!  
Entre a vivir a tu agraviado pecho,  
de que su amor fue engaño, sombra y sueño.  
¡Sirena de mi bien, vuélveme el alma  
que si te cansa mi enojosa vida,  
a quitármela basta tu memoria!  
¡Salid, gusto, salid de mi memoria,  
que quiere en su lugar entrar la muerte,  
cansada el alma de tan flaca vida!  
Rasguen mis manos mi abrazado pecho  
para que salga a descansar el alma  
y la parte mortal en dulce sueño.  
El pecho va sin alma, y de la vida  
triunfó la muerte; sueño fué mi gloria;  
déjame en paz y mata mi memoria.

*(Vase, y sale Vireno y Celia)*

Celia: De vuestra relación temo  
quedar con algún cuidado.

Vireno: Yo os prometo que, tratado,  
es apacible en extremo.  
Verdad es que la afición  
me pudo en esto engañar.

Celia: (Siempre es puerta el escuchar  
para entrar al corazón;  
mas Dios me libre de verme  
metida en este disgusto,

ni de despertar el gusto  
cuando el pensamiento duerme.)

Vireno: ¿Qué estás hablando entre ti?

Celia: Las partes de este tu amigo.

Vireno: Soy de su trato testigo,  
y antes de ahora lo fui.  
Por mucho que de él te diga  
no digo la menor parte.

Celia: Eres sospechoso y parte.

Vireno: Ninguna cosa me obliga,  
Celia, sino la verdad.

Celia: Que le alabes te permito.

Vireno: Podré, pues no solicito,  
señora, tu voluntad.

Celia: Pluguiera a Dios así fuera  
como la tiene captiva.

Vireno: No hay esclavo que así viva,  
no hay captivo que así muera.

Celia: ¿Quién es el dichoso Argel  
que tal esclavo merece?

Vireno: Mujer que no le aborrece,  
mas no se muere por él.

Celia: ¿Tiene buen entendimiento?

Vireno: En eso le habrá faltado.

Celia: Amor a ningún amado  
perdona agradecimiento.  
Si tiene ocupada el alma  
mal puede hacerle favor,  
porque entonces ese amor  
es como la nave en calma.

Vireno: Pienso que está lastimada

de algunos tiempos atrás.

Celia: De esta suerte mal podrás  
dejar tu intención culpada.  
Que mujer que quiere bien  
a quien le paga el amor,  
al hombre de más valor  
a de mostrarle desdén.  
¿Quién podrá con igualdad,  
reducir vuestra aspereza,  
quereros bien con franqueza  
y no queréis con crueldad?  
El que más nuestro honor precia  
quiere a la mujer que ame  
que hasta gozalla sea infame  
y, gozada, una Lucrecia.

Vireno: Juzgas sin haberme oído.

Celia: ¿En qué culpas esta dama,  
si por amar a quien la ama  
pone a tu amigo en olvido?  
Que antes es digna de palma.

Vireno: Porque quiere bien a dos;  
y, dándole un alma a Dios,  
tiene para todos alma.

Celia: ¿Por qué Cardenio quería  
mujer que obligada está?

Vireno: ¿No ves que lo supo ya  
que remedio no tenía?  
A la fuerza de su amor  
han nacido aquesos celos.

Celia: Antes lo celos son hielos  
del amoroso calor.

Vireno: Más creo que se te alcanza.

Celia: Pues dime, ¿qué son los celos?

Vireno: Martirio, penas, recelos  
inquietud, desconfianza.  
Conserva para el amor,

gusto para el amistad,  
es bien a la libertad  
y a la esperanza y temor.  
Son un desengaño sabio  
del pensamiento dormido;  
son relojes del olvido  
con despertador de agravio;  
son un claro amanecer  
que pára la tarde en agua;  
son como el agua en la fragua,  
que mata para encender;  
son unos sabios antojos,  
son un azote de sueño,  
son una espía sin dueño  
y una atalaya sin ojos.  
Y, aunque es semejanza nueva,  
es lanterna su costumbre,  
que vemos mover la lumbre  
y no vemos quién la lleva.  
Finalmente, es un furor  
de que ninguna se escapa,  
y es de noche aquella capa  
con que se disfrazá Amor.

Celia: Harto bien los has pintado.

Vireno: En Cardenio lo he leído,  
porque esto y mas he aprendido  
del libro de su cuidado.  
Que es ver al pobre estudiante  
resolverse a no querer,  
y un instante volver  
de lo pasado ignorante.  
Un sin hablar puesto en ella,  
adorar su puerta y calle,  
y que no hay velle ni hablalle  
sin pensar hablalla y vella.  
El está, que yo lo lloro  
sin un dragma de seso.  
¡Cuál era yo para eso!  
Mejor la requiebre un toro.  
¿Yo melindre? ¿Yo desdén?  
¡Bien haya quien me parió  
que tal condición me dió!  
En mi vida quise bien.

Celia: Di, Vireno, ¿ por ventura  
podré yo de mí fiar  
que podría remediar  
de Cardenio la locura?

Vireno: Triaca tiene el veneno  
epítima los desmayos,  
la noche del sol los rayos  
y el mal propio el bien ajeno.  
En el gusto no hay compás  
ni freno en el albedrío,  
porque el alma es como un río  
que no ha de volver atrás.

Celia: Hora bien, yo quiero hacer  
que la aborrezca Cardenio.

Vireno: Será hazaña de tu ingenio  
y digna de tal mujer.  
¿ Quien, Celia, que tú no fuera  
tan alta empresa tomara?

Celia: Gustando libre me hallara  
que gloria se me siguiera.  
Llegue la arrogancia mía  
a que un hombre enamorado  
siga mi nuevo cuidado,  
deje su nueva porfía.  
¿ Qué me daras si mañana  
no se acuerda de su nombre?

Vireno: Daréte de cerca un hombre  
como a imagen soberana;  
pondré su grillo en el templo,  
honor de tu alma altiva,  
y una tabla en que se escriba  
la memoria de tu ejemplo.

Celia: Hora bien, déjame hacer,  
que a buen punto se encamina.

Vireno: Tú serás su medicina  
Encantadora mujer.

*(Vase Vireno y entre Marcio, galán enamorado de Celia)*

Marcio: Estas son, rapaz Amor,

Hazañas de tu discurso  
Pasos que di con tal gusto  
¿vengo a dar con tal dolor?  
Amé y fui correspondido  
Como jamás lo fue hombre.  
Una mujer, Celia en nombre,  
Infierno, fuego y olvido.  
Mas debime de engañar  
confinado neciamente.

Celia: ¿Sabes que tienes presente  
la ocasión de tu pesar?

Marcio: Sé que tengo, Celia hermosa,  
a mis ojos vuestro cielo  
cubierto de nieve y hielo,  
de jazmín, clavel y rosa.  
Sé que tengo al viento vario,  
de tu mudanza testigo,  
del gusto el mayor amigo,  
del alma el mayor contrario.  
Un mar lleno de sirenas,  
un placer lleno de enojos,  
un paraíso a mis ojos  
y un infierno de mis penas.  
¿Pareceos que lo que sé bien?

Celia: Más os falta en esa lista.

Marcio: ¿Qué?

Celia: Un desengaño a la vista,  
hijo de un gusto y desdén.  
¿Vos no tenéis ya trazada  
vuestra forzosa partida?

Marcio: Sí, aunque el alma de la vida  
parte a la primar jornada,  
porque no tenga paciencia  
para ver mi mal presente,  
y al fin pasado y ausente  
hace al dolor resistencia.  
Por no esperar mi contrario,  
por no perder mi reposo,  
por no sufrir un dichoso  
y verme a mí temerario,

por eso doy traza así  
en procurar mi remedio,  
poniendo más tierra en medio  
que hay viento del cielo aquí.

Celia: Al fin ¿es resolución?

Marcio: Como la tuya olvidarme.

Celia: ¿Quieres las prendas tornarme  
que fueron de mi afición?

Marcio: ¿Tengo más de aquel retrato?

Celia: Este me vuelve no más.

Marcio: Mirale bien, y hallarás  
el retrato de tu trato.  
Más por no tenerte en calma,  
aguarda, traeréle, fiero,  
y ojalá que así te diera  
el que me queda en el alma.  
Y yo me iré donde veas  
que deseo darte gusto.

*(Vase)*

Celia: Más deseas mi disgusto  
y más tu gusto deseas.  
Gentil color has hallado  
que tu partida disculpa.

*(Entra Tebandra, con manto.)*

Tebandra: (Todo el mundo, infame, culpa  
yerro tan mal empleado.  
¿Si he de hallar a Celia aquí?)  
¿Señora?

Celia: Tebandra mía,  
¿halló mi ventura un día  
en que te acuerdes de mí?

Tebandra: ¿Cuándo yo de ti me olvido?

Celia: Aunque enojada, te abrazo.

Tebandra: Merezca ese tierno abrazo.

Celia: Solo con haber venido.  
Revuelta vienes un poco.  
¿Hola? Quitadle ese manto.

Tebandra: Tal revuelve ver con llanto  
muerto un pensamiento loco.

Celia: ¿Cómo muerto? ¿Qué has tenido?  
¿Hate Fabricio enojado?

Tebandra: Hame en el alma afrentado  
y en el honor ofendido.

Celia: ¿Cómo?

Tebandra: Bien ves que en la entrada  
que en mi casa y alma tuvo  
sólo en confianza estuvo  
de verme con él casada.

Celia: Pues, ¿niégalo?

Tebandra: No lo niega;  
mas ¿qué más agravio espero  
que fingirse caballero  
a una mujer loca y ciega;  
en nombre de otro haber hecho  
aquesta burla mi honor?

Celia: ¿No es quien dijo?

Tebandra: Es un traidor,  
de falso y fingido pecho,  
porque el dueño de aquel nombre  
ha venido agora aquí.

Celia: Pues ¿quién es ese?

Tebandra: ¡Ay de mí!  
Un falso, un villano, un hombre.  
Dícenme que es un soldado,  
bien quebrado es para mí,  
pues el honor que perdí,  
no espero velle soldado.



Celia: Paso; no lloréis, ya es hecho,  
ahí como mujer burlada,  
que no faltará una espada  
que le pase el falso pecho.  
¿Qué no era, en fin, caballero?

Tebandra: Es, mi Celia, quien te digo.

Celia: Da tu licencia al castigo,  
que yo te daré el acero.

Tebandra: ¿Y si ya la quiero bien?

Celia: Más le debes a tu honor.

Tebandra: Todo lo perdona Amor.

Celia: ¿Y los agravios también?

Tebandra: Eso quisiera vengar.

Celia: ¿Qué mejor que con su muerte?

*(Sale un Paje)*

Paje: Cardenio ha venido a verte;  
licencia pide y lugar.

Celia: Entre en buena hora.

*(Entra Cardenio)*

Cardenio: No creo,  
pues en ella os vengo a ver,  
que mejor la pueda ver  
para el alma y el deseo.

Celia: Galán venís de mudanza.

Cardenio: Ya en mis hábitos dejé  
una mal fundada fe  
y una burlada esperanza.  
Entre dos piedras metido,  
como culebra, he dejado  
aquel hábito pasado.

que era un estrecho vestido.  
Cesando el mal, los enojos,  
ya sale el alma contenta  
de la pasada tormenta  
al puerto de vuestros ojos.  
Que luego me prometí,  
cuando os mire, que sería,  
Celia, el cielo, el sol, el día  
de la noche en que me vi.  
Ya de su tormenta y calma  
salgo a puerto de consuelo,  
que con norte de tal cielo  
llevo muy segura el alma.

Celia: No se quedó en el vestido  
la retórica, a lo menos.

Cardenio: Son vuestros ojos serenos  
los del alma y del sentido.  
Aunque en el mismo lugar  
que vos nacisteis nací  
que muchas veces oí  
vuestras partes alabar,  
una sola os vi, señora,  
y en ella vi que la fama  
es resplandor de la llama  
del sol que en vos hallo agora.  
Ofensa fue encareceros,  
el cielo que acero sabe  
quiere que el alma os alabe  
con solo callar y veros.

Celia: (Tebandra, ¿qué te parece?)

Tebandra: Bien me parece, en verdad;  
y que pues dan voluntad  
correspondencia merece.  
¿Hombre es nuevo en el lugar?  
¿Quién es, que pide favor?

Celia: Es un enfermo de amor  
que yo tengo de curar.

Tebandra: Yo le veo ya detalle  
que habrá bien poco que hacer.

Celia: En llegándome a querer  
he de ponelle en le calle.

Tebandra: Guarda, no intentes entrar  
donde no puedas salir  
que es muy fácil de decir  
y difícil de acabar.)

*(Entra el Paje de Marcio)*

Paje: En esta caja te envía  
Marcio, señora, el retrato.

Celia: Es conforme a su buen trato  
y extremada cortesía.  
A buen tiempo viene, a fe,  
porque Cardenio la vea.

Cardenio: ¿Es retrato?

Celia: De una fea.

Cardenio: No será vuestro.

Celia: ¿Por qué?

Cardenio: Porque soy el cielo propio  
y de ella cifra en el suelo,  
y todo lo que no es cielo  
es vuestro retrato el propio.  
Abrid esa caja, erario  
de tan divino tesoro.

Celia: Ya la temo.

Cardenio: Ya la adoro.  
Y me afirmo en lo contrario.  
Yo sé que es angel.

Celia: Yo fiera.

Cardenio: Yo cielo.

Celia: Yo una mujer.

Cardenio: Decíme: ¿quién podrá ser

quien os dio?

Celia: Fue quien era.

Cardenio: ¿Ya no es?

Celia: Por eso ha hecho  
tal prueba de despreciarme  
jurado que ha de enviarme  
hasta el que tiene en el pecho.

Cardenio: No hará, que no es tan posible,  
como el que viene pintado.  
Abrid.

Celia: ¡Ay!

Cardenio: ¿Qué habeis hallado?

Celia: Otro retrato imposible.

Cardenio: Mostrad.

Celia: Una piedra tomo.

Cardenio: ¿Una piedra?

Celia: Una piedra me envía.

Cardenia: Retrato de dura y fría.

Celia: ¿Paréceme mucho?

Cardenio: Y, ¡cómo!  
Celia, pues el alma os dio,  
que tan al vivo se ve,  
extremado pintor fue  
el que en piedra os retrató.  
Si un angel hermoso hiciera,  
vuestra hermosura imitara;  
mas para el alma no hallara  
cosa que piedra no fuera.  
Al vivo estáis imitada;  
bien mostró el pintor su ciencia  
o a lo menos la experiencia  
de esa condición helada.

Hizo colores y tabla  
su pecho el color discreto;  
pintó una piedra, en efecto,  
tan viva que es piedra y habla.  
Pero como no podía  
ser tan dura artificial,  
buscando la natural  
haló la que os parecía.

Celia: ¿Tan dura, en efecto, soy?

Cardenio: Experiencia tiene el hombre,  
pues os dio de piedra el nombre,  
que yo de mi cielo os doy.  
Aunque haceros pedernal  
ya fue darnos a entender  
que oculto podéis tener,  
Celia, el fuego natural.  
Aunque es tal su condición,  
que, si da fuego, primero  
será gastado el acero  
del más sufrido eslabón  
quedará el alma abrazada  
donde ese fuego cayere,  
si haceros con vos tuviere  
y vos como piedra helada.

Celia: No seré para vos,  
ni me imaginéis tan dura,  
que esa piedra os asegura  
la firmeza de los dos.  
Y a guardadla por indicio  
de que es muro de tal hiedra;  
será la primera piedra  
de nuestro eterno edificio.  
Las piedras y las hierbas tienen  
con las palabras virtud;  
y si vos pretendéis salud  
todas las tres os convienen.  
Hierba en la flecha de amor,  
piedra en mi piedra retrato,  
palabra en que a vuestro trato  
queda obligado mi honor.  
Sanad de la enfermedad  
de Julia, que os lastimó,  
si soy epítima yo

para vuestra voluntad.  
Y por qué me quiera hablar  
Tebandra, quedad con Dios.

*(Entrase Celia y Tebandra, y sale Vireno)*

- Cardenio: Fuerais mi epítima voz  
si tuviera que curar;  
más ya estoy de Julia sano  
y de esas manos herido.
- Vireno: ¿Qué tenemos? ¿Cómo ha ido?
- Cardenio: Milagrosamente, hermano.  
Ya tengo la piedra echada  
para el primero cimiento,  
y aquella de mi tormento  
de cuello y hombros quitada.
- Vireno: ¿Hate hecho algún favor?
- Cardenio: Este retrato me ha dado.
- Vireno: Muestra. A fe que es extremada  
si le parece, en rigor.
- Cardenio: Estuve en extremo tierno.
- Vireno: ¿Y Julia?
- Cardenio: ¿Quién tal me nombra?
- Vireno: ¿No era tu sol?
- Cardenio: Ya es mi sombra.
- Vireno: ¿No era tu cielo?
- Cardenio: Es mi infierno.
- Vireno: ¿No era tu vida y memoria?
- Cardenio: Ya es mi olvido y mi sueño.
- Vireno: ¿Y Celia?

- Cardenio: Mi sol, mi dueño,  
mi cielo, mi luz, mi gloria.  
Al altar de su hermosura  
el alma y vida consagro.
- Vireno: ¿Tan presto?
- Cardenio: Ese es un milagro de una celestial blandura.
- Vireno: Di que la mujer después  
es pluma y viento sin peso.  
A fe que eres lindo en eso.  
Tantas quieres cuantas ves.  
"Echaréme en este suelo  
hasta que a la dulce salva  
que haga a la tierra el alba  
me despierte el sol del cielo.  
No nos hemos de ir aquí.  
Vireno, ¿estará durmiendo?"
- Cardenio: ¿Burlas, di?
- Vireno: "No hagas estruendo,  
que duerme mi bien allí."  
Águarda, mano cruel,  
mano vengativa y fiera,  
mano que gusta que muera  
hombre que vive sin él.  
Mano de Scévola fiero  
y de Nerón el tirano..."  
¿Qué será agora esta mano,  
de almirez o de mortero?
- Cardenio: Será la cosa más vil.
- Vireno: ¿La de Celia?
- Cardenio: De azahar llena,  
nieve, alabastro, azucena,  
jazmin, cristal y marfil.
- Vireno: Y de manteca.
- Cardenio: También.
- Vireno: ¡Qué cascos para un poeta!

Vamos, mi señor Veleta.

Cardenio: ¡Ay, Celia!

Vireno: ¡Ay, tonto!~

Cardenio: ¡Ay, mi bien!

Vireno: Crea, por su vida y mía,  
sin tenerlo por donaire,  
que tiene el alma de aire  
y el seso de argentería.

### **Jornada Segunda**

*(Sale Julia, sola.)*

Julia: La mujer que ha sido amada  
y aborrece a quien le amó,  
ya sé de experiencia yo  
que viene a ser olvidada.  
Tiempo fue que aborrecí  
a quien más que a sí me amaba,  
por que entonces no pensaba  
que amor se mudaba así.  
En viéndome aborrecer  
quise el alma y vida,  
por que amar aborrecida  
es condición de mujer.  
Amor que no agradecí,  
regalos que no estimé,  
lágrimas que nunca vi;  
tiernos suspiros ardientes,  
memorias enamoradas,  
matan al alma pasada  
que no pudieron presentes.  
Hácense mis ojos ríos  
en ver que aquellos enojos  
ya se dicen a otros ojos  
más dichosos que los míos.

*(Sale Olimpo, criado de Cardenio)*

Olimpo: Cardenio, a quien enviaste



esta mañana un recado,  
viene a verte.

Julia:                   ¿Yo he enviado  
a hablalle? Tú te engañaste.  
Pues ¿quién te lo dijo a ti?

Olimpo:               Volveráse, que no viene  
tan de buena gana.

Julia:                   Tiene  
razón de venir así.  
Dile que le han engañado.

Olimpo:               Y albricias le pediré,  
que yo sé que ha puesto el pie  
en tus umbrales forzado.

Julia:                   Espera; di que entre.

Olimpo;                Voy,  
señora, si os sirvo en eso.

Julia:                   Que estoy rendida confieso,  
porque aborrecida estoy.

*(Entra Cardenio)*

Cardenio:            A gran ventura he tenido  
que se ofrezca en que mandes.

Julia:                   Otras venturas más grandes  
habrás, Cardenio, tenido;  
que no es esta la mayor,  
antes ya la menor es.

Cardenio:            ¿Cómo menor?

Julia:                   Sí, después  
que no me tienes amor.  
Así, no te había mirado.  
A fe que vienes galán.

Cardenio:            Tus ojos ya no tendrán  
de verme, Julia, cuidado.

- Julia: Mil cosas dejaste juntas  
con el hábito.
- Cardenio: Dejé  
una mal fundada fe  
y unas memorias difuntas.  
Dejé una dulce locura  
con un manifiesto engaño,  
por vestirme un desengaño  
y una posesión segura.
- Julia: ¿Cómo? ¿Que ya es posesión?
- Cardenio: Digo de mi libertad,  
después que mi voluntad  
no conoce sujeción.
- Julia: Para lo que yo he sabido  
es bueno que hables así.
- Cardenio: Más sé yo mismo de mí  
que alguno que te ha mentado.
- Julia: A ver la mano.
- Cardenio: ¿Qué quieres?
- Julia: Ver en la alteración  
del pulso si es afición.
- Cardenio: ¡Oh, Julia! ¿Médico eres?
- Julia: ¿Escóndesla? Por mi fe,  
que debiste de pensar  
que te la quería tomar.
- Cardenio: ¿Yo, mi señora? ¿Por qué?  
Ni voz aqueso pensáis,  
ni es cosa que yo deseo
- Julia: ¡Buena ropilla!
- Cardenio: Yo creo  
que del vestido os burláis.  
Es, al fin, hábito nuevo.

- Julia: ¿Quién os abrió el cuello?
- Cardenio: Acaso  
la que no quiere mal.
- Julia: Estiradlo, no está igual.
- Cardenio: Deteneos; paso, paso;  
dejad al nuevo seglar,  
que otro habrá menos curioso.
- Julia: ¿De qué estáis tan receloso?  
¿Pensáis que os he de abrazar?  
¿Yo abrazo a vos? ¿Yo abrazaros?  
¡Cosa excusada!
- Cardenio: Y yo  
digo que digáis que no  
cuando tal venga a rogaros.
- Julia: ¿Qué tenéis entre el cabello?  
A ver...
- Cardenio: ¿Qué queréis saber?  
Vos debéis de querer ver  
qué falta encubro con ello.  
Si buscar habéis querido  
las armas que me dejáis,  
en balde las procuráis,  
pues no las he consentido.
- Julia: Pues que tanto huís de mí  
no os quiero más componer,  
porque no os echen de ver  
que otra mano anduvo aquí.  
Dos cosas quiero pedir:  
la una, que no digáis  
que os hablé...
- Cardenio: Segura estáis  
de que en eso he de servir,  
que también me importa a mí.
- Julia: ¿Reñirá Celia si sabe  
que habéis venido?

Cardenio: No cabe  
tan alta ventura en mí.  
No son mis merecimientos  
dignos de besar sus pies,  
que es Celia un cielo.

Julia: ¿El quien es?

Cardenio: Cielo de mis pensamientos.  
Si cada uno previene  
un alma que le dejar,  
bien puedo cielo llamar  
a quien tantas almas tiene.

Julia: Por eso mejor será  
que la llames sucio infierno,  
porque su tormento eterno  
también tiene almas allá.  
Mas infierno o cielo sea,  
que en eso no me va nada,  
y no hay mujer siendo amada  
que pueda parecer fea,  
es lo segundo que os pido  
que mis papeles me deis.

Cardenio: De eso descansar podréis,  
que ya los he yo rotpido.

Julia: Eran muchas crueldades;  
vivas estarán.

Cardenio: No hay tal.

Julia: Yo sé que sí, porque mal  
se pueden romper verdades.

Cardenio: Según eso, bien pudieron,  
que yo sé que no lo son,  
y digo, en resolución,  
que estas manos las rompieron.

Julia: Fiádmelos.

Cardenio: No haré tal.

Julia: Aquí me quedo en retrato.

Cardenio: ¿Para qué, si ya remato  
con el mismo original?  
Olimpo, vamos de aquí.

Julia: ¿Vuestra merced irá a ver  
a su Celia?

Cardenio: Podrá ser.

Julia: Y ¿qué le dirá de mí?

Cardenio: Guardáreme de eso bien;  
mas cuando de esto tratara,  
vuestras partes alabara.

Julia: ¿Ya sois tan honrado? Bien.

Cardenio: Vamos.

Julia: ¿Qué en esto dais?  
¿Quiéeros mucho?

Cardenio: ¿Querréis hoy  
porque ya me estime?

Julia: Estoy...

Cardenio: Ninguna cosa digáis  
que en su alabanza no sean,  
porque es un ángel ¡Por Dios!

Julia: ¿Quién?

Cardenio: Celia.

Julia: Y un necio vos,  
y ella más cuando ella os crea.—  
¿Qué haré afligida de mí?  
¿Con quien me consolaré?  
A vella fue; ya se fue.  
Su retrato traigo aquí.  
Salí, villano cruel,  
imagen de aquel mudable;  
pero no es justo que hable  
más sin que me vengue de él.  
Estuche traigo y cuchillo;

ya no hay respeto que guarde.  
¿Cómo me miráis, cobarde,  
y no os ponéis amarillo?  
Sacaros quiero los ojos,  
que quisiera el corazón,  
que yo sé que aquésos son  
los que me han causado enojos.  
Y en esta hechicera boca  
lengua quisiera que hubiera,  
por que castigo tuviera  
de tratar verdad tan poca.—  
¿Quién es el que viene aquí?

*(Entra Valerio)*

Valerio: ¿Qué te escondes? ¿Qué te alertas?

Julia: No hay cosa en que tú pudieras  
ser ofendido de mí.

Valerio: Muestra la manga.

Julia: Está quedo.

Valerio: ¿No ves que la resistencia  
al amor da más licencia  
y al respeto quita el miedo?

Julia: No lo has de ver, por tu vida.

Valerio: Por la tuya lo he de ver,  
porque el querello esconder  
ya fue culpa conocida.

Julia: De ti lo guardo en razón  
de que no es bien que de mí  
presumas que te ofendí.

Valerio: Frívolas disculpas son.  
Yo lo he de ver, si me cuesta  
darte para siempre enojos.

Julia: Por vida de aquesos ojos,  
que me has de ver descompuesta.

Valerio: Ea, que es impertinencia.

¿Es papel?

Julia: No es papel, digo.  
¿Tú descompuesto conmigo?

Valerio: Ya hallé lo que era; paciencia.  
¡Oh, que buen retrato! ¡Bueno!  
Este de Cardenio es.  
Que a solas con él estés  
yo, Julia, no lo condeno;  
que como el original  
es ya tan malo de haber,  
éste que puedes tener  
podrá remediar tu mal.  
¿Qué oraciones le decías  
a esta imagen de tu fe?  
¿Qué le dijiste?

Julia: No sé.

Valerio: ¿Qué milagros le pedías?  
¿Hablabas con el caballo,  
o con los ojos o boca?

Julia: Sí, que estoy por él muy loca.

Valerio: Sí, que debe merecello.  
Basta a questo se acabó.  
A quien tienen tan mal trato,  
de haber dicho me retrato  
que su trato me agradó.  
Vuesa merced lo posea  
y lo goce muchos años.

Julia: Si han de faltar desengaños,  
el romper lo menor sea.

Valerio: Eso no guardadlo.

Julia: Harélo,  
Pues que vos me lo mandáis.

Valerio: Quedad con Dios.

Julia: Con El vais.

Valerio: ¡Ay, ingrata!

Julia: ¡Ay, cruel!

Valerio: ¡Ay, cielo!

Vuelve acá.

Julia: Que no hay volver  
después que me has hecho injuria.

Valerio: ¡Que bien pintan a la furia  
con imagen de mujer!

*(Vase, Entra Vireno y Cardenio)*

Vireno: Después que la posesion  
de Celia el Cielo os ha dado,  
ya me parece acertado  
hablaros por petición.  
¿Dónde os habemos de hablar,  
Cardenio, vuestros amigos?

Cardenio: A donde mis enemigos  
tenga mejor que envidiar.

Vireno: No os he visto en todo un mes.

Cardenio: Todo lo he pasado en calma.

Vireno: Basta, que os vais por el alma  
como alguno por los pies.  
Mucho os debe a quien amáis  
porque estando con digo,  
no os acordáis de un amigo,  
ni aun de vos os acordáis.  
¡Pesia tal! ¡Dejaos tratar  
sobre un poco de ese cielo  
para los que sobre el suelo  
os andamos a buscar.  
Si no ha de hablar con vos  
si no cuando Celia quiera,



pondremos una escalera  
a su ventana ¡ Por Dios ¡  
Y hablaremos por allí  
lo que no en plaza ni calle.

Cardenio: Ningún tiempo puede hurtalle.

Vireno: Pues háyale, pesia mí.  
El diablo fue la mudanza.  
Agora sí que estáis loco.

Cardenio: Poco lo estoy.

Vireno: ¿Como poco?

Cardenio: Para tan alta esperanza,  
amo, y soy correspondido,  
a un ángel.

Vireno: No digo yo  
que no améis; mas tanto, no,  
que perdéis alma y sentido.

Cardenio: Quien alma y sentido tiene  
no diga que sabe amar,  
que quien le queda que quedar  
otro nombre le conviene.

Vireno: Buena está la calabaza.  
¿Hay celos?

Cardenio: Eso es lo mejor,  
Pues para comer amor  
suelen servir de mostaza.

Vireno: Suelese el amor doblar  
cuando es sospecha falsa;  
Pero doy al diablo salsa  
que hace a los ojos llorar.—  
¿Qué hay de Julia?

Cardenio: ¿Quién decís?

Vireno: ¿En eso estamos agora?

Cardenio: ¡Ah, sí! ¿No es una señora

de los libros de Amadís?

Vireno: Sí; de la segunda parte.  
¡Brava mudanza ¡

Cardenio: ¡Terrible!

Vireno: No hay cosa humana imposible.

Cardenio: De ella quiero muestras darte.  
No me ha enviado a llamar.

Vireno: ¿Estuviste tierno?

Cardenio: Sí.

Vireno: ¿Cómo?

Cardenio: Palabra le di  
de eternamente la hablar.

Vireno: ¡Oh, lo que un desprecio puede!

Cardenio: Es Celia para dar celos  
el mismo sol de los cielos;  
su luz y hermosura excede.  
Mas ¡ay de mí! que ya siento,  
Vireno, aquesta partida.  
Acábaseme la vida  
a manos de un pensamiento.

Vireno: Oigo decir que te vas,  
y hasta agora no lo cero.

Cardenio: Pluguiera a Dios.

Vireno: Y el deseo,  
¿no podrá volverse atrás?

Cardenio: Es forzoso guardarme  
y dar a un viejo contento.

Vireno: ¿Sientes esta ausencia?

Cardenio: Siento  
que quiere el alma dejarme.

Aunque consuelo me da,  
fuera de que es de importancia,  
ser tan poca la distancia  
desde Toledo a Alcalá.  
También para conocer  
de Celia el amor ausente,  
que es piedratoque excelente  
del oro de la mujer.

Vireno: Esa prueba te condena,  
y de mujer no me agrada;  
que, en fin, en siendo probada  
no tiene nombre de buena.  
Pero si forzoso es  
paciencia y partir.

Cardenio: ¿Paciencia?  
Si es muerto un hombre en ausencia,  
¿hala menester después?

Vireno: Déjame, y a punto ponte,  
que tendrás tarde y mañana  
un Rugero a la ventana  
y a la puerta un Rodamonte.—  
¿Cuándo te irás?

Cardenio: Esta tarde.  
Mientras a vestirme voy  
dile en el paso que estoy  
y que a la puerta le aguarde.

Vireno: Si es paso de devoción  
y hemos todos de llorar,  
déjame ir a pasear,  
que soy maldito llorón.

Cardenio: Ve y dile lo que te digo,  
que por Argos has de estar.

Vireno: Puedes de mí confiar,  
que soy verdadero amigo.

*(Vanse, y entra Marcio y Celia)*

Celia: En ti el retrato enviaste.

Marcio: El que más te parecía.

Celia: ¿Tan dura soy?

Marcio: Y tan fría.

Celia: ¿Y el otro?

Marcio: Tú lo borraste;  
que cuando me aborreciste  
tú borraste tu retrato,  
pues en las obras y trato  
otra mujer pareciste.

Celia: ¿En qué te agravia mi ofensa?

Marcio: Es mi voluntad captiva;  
regala una siempreviva  
hombre que agradaros piensa.  
Cuando amáis, que confesáis  
de disparates que hacéis;  
el día que aborrecéis,  
cuanto habéis hecho hecho negáis.

*(Entra Vireno)*

Vireno: (¿Cómo podré echar de aquí  
este enfadoso? ¿Qué enredo  
fabricaré?)

Celia: Yo no puedo  
pensar que te quite a ti,  
porque el negar es forzado  
y el negallo es caso justo;  
aunque sea contra el gusto  
no creas que ha pasado.

Vireno: (Ya he fabricado un engaño.  
quiero llegar.) Celia hermosa.

Celia: ¡Oh, Vireno! Estoy quejosa.

Vireno: ¿De qué?

Celia: De que estás extraño.

Vireno: Beso a vuestra merced las manos (I)

Marcio: Yo a vuesa merced las tuyas.

Vireno: ¿De qué son las quejas tuyas?

Celia: De tus cumplimientos vanos.  
¿Cómo a verme no has venido?

Vireno: No he podido, mi señora,  
y aun no he hecho poco agora,  
porque he andado en cierto ruido.

Celia: ¿De quién?

Vireno: Ciertos caballeros  
han tenido una cuestión,  
y ha llegado la pasión  
a desnudar los aceros  
porque el uno dijo mal  
de un Marcio, a quien afrentaba.

Marcio: ¿Marcio?

Vireno: Sí, tal se llamaba,  
y aun le llamó tal por cual.  
Pero otro le defendi;  
y a fe que es espada honrada,  
porque respondió la espada  
a lo que la lengua habló.

Marcio: Señor hidalgo, yo soy  
ese Marcio.

Vireno: Si supiera  
que vuesa merced lo era,  
callara.

Marcio: ¿Que aquí me estoy?—  
Dadme licencia.-- ¡Oh, villanos!

Celia: No os vais así.

Marcio: ¿Cómo no?

Vireno: Si allá soy menester yo ...

Marcio: No, señor. Bésoos las manos.

Vireno: ¡Bueno va el necio, por Dios!  
todo el cuento es fabuloso  
por echar este enfadoso  
para que hablemos los dos.

Celio: Mucho donaire has tenido.  
El parte desesperado.

Vireno: Más lo queda otro cuitado  
que se ha de ver hoy partido

Celia: ¿Cómo que da el alma mía?

Vireno: Calzándose las espuelas  
y con el dolor de muelas  
de su ausencia.

Celia: ¡Llegó el día!  
¡Ay, Vireno! ¿Qué he de hacer?

Vireno: Resolverte a sufrir esto,  
que bien se consuela presto  
el corazón de mujer.

Celia: ¿Podré vivir sin mi bien?

Vireno: ¿Y cuál mujer se murió?

Celia: Yo me moriré.

Vireno: ¿Quién?

Celia: Yo.

Vireno: Vivas mil años, amén;  
mejor lo harás que lo dices,  
que, al fin, tienes discreción.

Celia: Yo te pondré en ocasión  
que mi muerte solenices.

Vireno: Grandes son tus pensamientos,

mas ya no hay Porcias romanas,  
que se han vuelto porcelanas  
y se quiebran por momentos.  
Sufre esta justa partida,  
pues volverá mejorado  
de otro grado.

Celia: No me agrado,  
Porque me lleva la vida.

Vireno: ¿Vesle aquí ya de camino?  
¿De qué te afliges y llevas  
correo de malas nuevas?

*(Entra Cardenio, de camino, y dice:)*

Cardenio: Ya vengo, cielo divino,  
a partir de vuestro cielo.

Celia: ¿Qué así te vas?

Cardenio: ¡Muerta es!

Vireno: ¿Desmayóse?

Cradenio: ¿No lo ves  
que dio consigo en el suelo?  
¡Que tales burlas <sup>1</sup> no traigan  
a quien las mira consuelo!  
Sirva de nácar el suelo <sup>2</sup>  
en que se tengan y caigan.

Vireno: Dinos ya borracherías.

Cardenio: Dime qué tengo de hacer  
viendo su cielo <sup>3</sup> llover  
sangre de las venas mías.  
Celia, mi muerte procuras.  
¡Ah, mi señora! ¡Ah, mi bien!

Vireno: Desmáyate tú también  
y quedaremos a oscuras.—  
¿Lloras?

<sup>1</sup> En las siguientes impresiones enmendaron "perlas".

<sup>2</sup> En la primera edición, "cuello", que no mira con "consuelo"; pero todo el pasaje es obscuro.

<sup>3</sup> En la primera impresión, "cuello", en lugar de "cielo". La corrección es de las ediciones sucesivas.

- Cardenio: Pues, ¿no he de llorar?
- Vireno: ¡Oh, qué gentil disparate!  
Trae agua.
- Cardenio: Ya no hay que mate.  
Lágrimas le puedes dar.  
Di, ¿con qué despertará?  
Mas muerta debe ser.<sup>4</sup>
- Vireno: Metámosla un alfiler  
por el brazo y volverá.
- Cardenio: ¡Qué gentil sortija de uña!
- Vireno: Pues no te dé eso molestia,  
que harto tienes de gran bestia.  
Mátame, la espada empuña.  
¿Qué dijera Julia de esto?
- Celia: ¿Quién nombraba a Julia aquí?
- Vireno: (¡Con que Jesús volvió en sí!)
- Cardenio: ¡Oh, Celia, bueno me has puesto!
- Celia: Yo he padecido mi parte.  
Al fin, ¿qué te has de partir?
- Cardenio: Pártase el cuerpo a morir,  
que el alma nunca se parte.  
¿Haste de acordar de mí?
- Celia: ¿Puedo yo de ti olvidarme?
- Cardenio: ¿Quieres un abrazo darme?—  
¿De qué te ríes?
- Vireno: De ti.
- Cardenio: ¿De mí?
- Vireno: Sí, y de Cecilia a ratos.

---

<sup>4</sup> En la primera impresión, "estar" se enmendó en las posteriores.



- Cardenio: ¿No me abrazas?
- Celia: ¡Ay, mi cielo!
- Cardenio: ¡Ay, mi luz!
- Celia: ¡Ay, mi consuelo!
- Cardenio: ¡Ay, mi bien!
- Vireno: (¡Ay, mentecatos!  
Yo era bueno para esto.)
- Celia: ¿Escribirásme?
- Cardenio: Pues ¿no?
- Celia: ¿Cuándo volverás?
- Cardenio: Muy presto,<sup>5</sup>  
aunque no lo podrá ser  
puesto que lo fuese hoy.
- Celia: Estas memorias te doy  
por si las has menester.
- Cardenio: Para acordarme de ti  
no he de menester memorias;  
por ser prendas de tus glorias<sup>6</sup>  
las estimo y llevo en mí;  
que a quien de ti no la pierde  
éstas no sirven de nada.
- Vireno: (En mi vida hice jornada  
que de mi dama me acuerde.  
Solamente considero,  
para partir con más gozo,  
buen tiempo, buen macho y mozo,  
buena alforja y buen dinero;  
buenas sábanas dobladas,  
buena bota, y de buen vino,  
buena cecina y tocino  
y tres o cuatro empanadas.)  
Ea, ¿estás ya despedido?

---

<sup>6</sup> En la primera edición, "tu gloria". Se corrigió en las sucesivas.

Cardenio: ¿Qué me he de partir de ti?

Vireno: Ea, no llores así,  
medio hombre.

Cardenio: Aún no estoy partido.  
Pues ¿es afrenta el llorar?  
¿Es de piedra el corazón?  
¿No da quartana al león  
y el mal le obliga a bramar?

Vireno: Pues brama y no llores.

Cardenio: Vamos.

Celia: Vireno, ¿vendrásme a ver?

Vireno: Señora, sí; esto ha de ser  
para mañana.—Partamos.

*(Vanse y salen Fabricio y Teodosio, soldados bizarros.)*

Fabricio: ¿Mucho os parece que he tardado?

Teodosio: Mucho,  
que el Capitán, Fabricio, cada día  
vuestra presencia y trato echaba de menos,  
y entre vuestros amigos ¡oh! que paso <sup>7</sup>  
gran soledad sin <sup>8</sup> vuestra compañía.

Fabricio: El amor de la patria es dulce cosa;  
mas siéndola la mía el <sup>9</sup> gran Toledo,  
ciudad insigne y en lo mejor de España. <sup>10</sup>  
Tuviéronme <sup>11</sup> parientes y ocasiones  
a quien respeto justamente debo,  
no perdiendo a las vuestras la memoria;  
y para que entendáis que la he tenido,  
Francisco Ruiz en vuestro nombre ha hecho  
una espada de solo un corte y filo

---

<sup>7</sup> Quizá "pasan".

<sup>8</sup> En la primera edición, "con", en lugar de "sin". Corregido luego.

<sup>9</sup> Mas adelante dice "la gran Toledo". Quizá sea aquí errata decir "el gran Toledo", y más cuando añade "ciudad", etc.

<sup>10</sup> Sobra una sílaba: quizá la conjunción "y".

<sup>11</sup> En la primera, "Detuviéronme"; pero el verso es largo. Corregido en las sucesivas.

que ceñírsela puede cualquier príncipe.

Teodosio: Es famoso maestro, y ese temple  
será tenido en mucho en nuestros tiempos.  
Bésoos las manos por merced tan grande,  
que ya tiene dos cosas esta espada  
por las cuales merece grande estima:  
el temple de Ruíz y el calor vuestro.

Fabricio: El que tendrá de vos será el tercero,  
y el que el puesto se aventaja a todos.

Teodosio: Dejando ese propósito, decidme:  
¿trujisteis de Toledo alguna pena,  
que os veo suspirar de rato en rato,  
mirar al cielo, suspender los ojos?  
Comunicad conmigo el daño;  
pues crece el bien, también el dolor mengua  
comunicado. No os agrada cosa  
ni hablar os veo en cosa de algún gusto.  
¿Hay novedad?

Fabricio: Del alma aquesto nace,  
que me tiene en Toledo por momentos,  
puesto que el cuerpo en Alcalá se aloja.<sup>12</sup>

Teodosio: No me engañaba yo de esa manera,  
pues que tardáis en referir la historia,  
y más si se conforma a vuestro talle  
y a vuestros años y gallardo brío,  
porque será de amor.

Fabricio: De amor ha sido;  
porque como el amor divierte el alma  
y suspende las fuerzas el espíritu,  
y mueve los sentidos y los ata,  
conocido lo habéis en estos míos,  
en quien amor ha obrado sus efectos.

Teodosio: Merezca la verdad de este suceso  
saberla yo, si puede [a] aqueste pecho  
fiársele secretos de un amigo.

Fabricio: Muy bien fiaré yo el alma de ese pecho,  
y así, sabréis el mal que me lastima

---

de la manera que pintarle puedo.  
Yo os prometo que es extraño cuento.  
Vos lo veréis.

Teodosio: Decid.

Fabricio: Estad atento.

Sali de la gran Toledo  
con un Capitán de fama  
antes que al rostro saliese  
bozo ni señal de barba.  
Pasé a Nápoles y a Roma  
con las galeras de Malta;  
vi a Sicilia y a Venecia,  
Génova, Florencia y Mantua;  
vi a Flandes, a Gante, a Londres  
y gran parte de Alemania,  
y, dando a Calés la vuelta,  
anduve parte de Francia.  
Pasados eran diez años  
cuando di la vuelta a España,  
viendo sus campos alegres  
desde la antigua Vizcaya.  
Entré en mi tierra, Toledo,  
lleno de plumas y galas,  
que de las indias de Marte  
suelen ser trato y ganancia.  
Un domingo de cuaresma,  
que van a Santa Susana  
por devoción de aquel día  
los caballeros y damas,  
bajé a ver la hermosa vega  
cubierta de gentes varias,  
y a ver los rostros que tienen  
en todo el mundo alabanza.  
Estaba el día sereno,  
el sol con luz pura y clara,  
bebiendo en el claro río  
y haciendo sus aguas plata.  
Veíanse los altos montes  
y, entre sus peñas y casas,  
ya los floridos almendros  
parecían blanca escarcha.  
Con este gusto en el pecho  
enternecíme sin causa,

y vi a mi lado unos ojos  
que al descuido me miraban.  
Sentí moverse a su norte  
las tres potencias del alma,  
y seguía hasta la ermita  
con mil razones grabadas.  
Sacó la mano del guante  
y en la pila, por tomarla,  
tomé de sus manos fuego  
y ella de las mías agua.  
Rezaron, que yo, suspenso,  
no supe lo que rezaba,  
porque rezaba en la cuenta  
con que amor las almas saca.  
Salieron, y yo con ellas,  
donde, por vellas y hablallas,  
fingí que era un caballero  
mayorazgo en Salamanca.  
Creyóme y aficionóse,  
respondiendo a algunas cartas,  
por no saber escribir,  
por la mano de otra dama.  
Llegó el amor a tal punto  
que entré de noche en su casa,  
donde todos mis deseos  
gozaron sus esperanzas.  
Pasados algunos días,  
cuando más seguro estaba,  
la desengañó un amigo  
que era soldado de Italia.  
Lloró, afligióse, y pidiendo  
consejo contra mis armas,  
porque la dama le dijo  
que me matase a estocadas.  
La cama, que es como el potro,  
que ninguna cosa calla,  
me descubrió de mi muerte  
el pensamiento y la traza.  
Quise vengarme de Celia,  
que así esta dama se llama,  
de cuya letra a la mía  
a mí me escribió mil cartas.  
Mas no hay venganza en mujer,  
porque es no tomar venganza.  
Dejé a Toledo, en efeto,  
y de amor las tiernas ansias;

dejé por mi alojamiento  
banderas, armas y cajas.

Teodosio: Suceso raro y extremada industria,  
porque la industria ha sido en todo tiempo  
estimada por hija del engaño  
y acreditada de un famoso Dario,  
de un griego Ulises, de un romano César.  
Dejad agora ese cuidado y pena  
y entretened el pensamiento vario,  
que aquí tenemos buena alojamiento,  
famoso juego y extremadas mozas.

Fabricio: Yo, Teodosio, gozo mis deseos  
del fruto que os he dicho y del perderse  
estoy por imposible confiado.  
Sólo desea de esta injusta amiga  
esta venganza aunque es mujer hermosa.

Teodosio: ¿Que os pretendió matar?

Fabricio: Y de tal suerte,  
que es milagro escaparse con la vida.

Teodosio: Es la mujer en la venganza fuerte,  
Y más solicitada y inducida.

*(Entra Cardenio, Leonardo y Porcelio, en hábito de estudiantes.)*

Porcelio: Por cosa nueva se tuvo  
vuestro nuevo casamiento.  
¿Es verdad?

Cardenio: Principios hubo;  
mas siempre mi pensamiento  
lejos de su efecto estuvo,  
aunque es Julia muy hermosa,  
honrada y hidalga.

Porcelio: Es cosa  
que acá tuvimos creída.

Cardenio: ¡Gran soldadesca!

Leonardo: Lucida.

- Cardenio: ¿Qué hace aquí?
- Porcelio: Jugar ociosa.
- Cardenio: ¿No sabéis como he andado  
con un pensamiento nuevo  
casi en traje de soldado?  
Que si éste a tomar me atrevo  
es para tomar el grado.
- Tedosio: ¿Cómo?
- Cardenio: Trato de casarme.
- Leonardo: Eso sí que algo habrá sido.  
El parabién podéis darme.
- Fabricio: (De aqueste recién venido  
quiero, Tedosio, informarme,  
que yo se que es Toledo;  
sí, porque soy de la tierra.)  
Caballero, ¿hablaros puedo?  
Aunque entre el estudio y guerra  
la diferencia concedo,  
debéis hacerme amistad.
- Cardenio: Por vos sólo merecistes  
obligar mi voluntad.
- Fabricio: ¿Cuándo en buena hora venistes  
de aquella insigne ciudad?
- Cardenio: En este punto llegué.  
¿Qué nuevas queréis?
- Fabricio: No sé  
si conocéis una dama.
- Cardenio: Decidme cómo se llama,  
que por ventura sabré.
- Fabricio: Tebandra es su nombre.
- Cardenio: Creo  
que daré satisfacción,  
señor, a vuestro deseo,

por ciertos ojos que son  
las luces en que me veo;  
porque tiene cierta amiga  
que a su memoria me obliga.

Fabricio: ¿Es Celia, una hermosa dama ¿

Cardenio: Así mi esposa se llama.

Fabricio: (Y se llama mi enemiga.)  
¡Cómo! ¿Vuestra esposa es?

Cardenio: Está a lo menos tratado  
y tendrá efecto después  
que vuelva yo graduado,  
que es de mi padre interés.

Fabricio: (Cielo, ocasión se ha ofrecido  
para vengarme también  
de Celia, que me ha ofendido.)  
Quiéroos dar el parabién.

Cardenio: Gran bien merecerla ha sido.

Fabricio: ¿Tratase halla de un soldado  
en casa de Tebandra?

Cardenio: No.

Fabricio: Habéisme visto o hablado?

Cardenio: Creo que os he hablado yo  
como al hábito inclinado.

Fabricio: No quiero saber de vos  
otra cosa. Adiós.

Cardenio: Adiós.

Fabricio: ¿Ah, caballero?

Leonardo: ¿Es a mí?

Fabricio: Sí, a vos.

Leonardo: ¿Qué queréis?



Fabricio:                   Aquí  
aparte podemos hablar los dos.  
¿Quién es vuestro amigo?

Leonardo:   Un hidalgo.

Fabricio:                   Buen testigo  
de su nobleza y trato,  
parece que soy ingrato  
a quien soy si no lo digo.  
¿Casarse intento?

Leonardo:                   Es así.

Fabricio:    Pues que sois su amigo vos,  
estobádselo.

Leonardo:                   ¿Yo?

Fabricio:                   Sí,  
porque le está mal ¡ Por Dios!,  
Y esto fiadlo de mí,  
y no queráis mas saber.

Leonardo:   Aqueso deseo entender.

Fabricio:    ¿Mas queréis que os diga de ella  
de que un hijo tengo en ella?

Leonardo:   ¡Buen dote! ¡Gentil mujer!  
¿Sustentareislo eso así?

Fabricio:    Esas lo diran por mí;  
Cartas de su letra son.  
Y adiós.

Leonardo:                   Notable ocasión.

Fabricio:    (Véngueme. Vamos de aquí.)

*(Vanse Fabricio y Teodosio)*

Cardenio:    ¿Qué te dijo?

Leonardo:                   No fué nada.

Cardenio: Ea, ¿qué te preguntó?

Leonardo: Quiso saber mi posada.

Cardenio: ¿Y esas cartas que te dió?

Leonardo: ¡Ay de quien no ciñe espada!

Cardenio: Muestra a ver.

Leonardo:                               A quien me honra  
He de callar su deshonra.

Cardenio: Muestra, que a fe que son hartas.

Leonardo: Toma, baraja esas cartas  
Y echa una para tu honra.

Cardenio: Ya mi sentido penetra  
El daño que puede haber.

Leonardo: Por Celia, aunque el desengaño  
Suele hacer notable daño,  
El desengaño es mejor,  
Y peligroso el engaño  
En las cosas del honor.

Porcelio: Ángel el soldado ha sido,  
Que de Cardenio la honra  
En las cartas ha traído.

Leonardo: Ya le toca su deshonra  
El alma por el oído.

Porcelio: Mudado se ha de color;  
Extraños efectos hace.

Leonardo: Son muy propios del amor,  
Y más si el efecto nace  
Del agravio del honor.

Porcelio: Un confirmado recelo  
Cubre el corazón de un pelo.

Leonardo: Aquí esta bien confirmado.

Cardenio: ¿Qué se ha hecho aquel soldado?

Leonardo: Ha un hora que es ido.

Cardenio: ¡Ay, Cielo!  
¡Muerto soy, Leonardo amigo!—  
¡Oh, Porcelio, muerto soy!—  
¿Dónde está aquel enemigo  
Que de la muerte en que estoy  
Trajo el veneno consigo?  
¿Qué se hizo aquel verdugo  
Que al airado Cielo plugo  
Que la vida me quitase  
Y que de mi cuello alzase  
De Celia el sabroso yugo?  
¡Oh, soldado, que trujiste  
A fuego y sangre la guerra,  
Que dentro en mi alma asiste,  
Soldado, a mi noche triste!  
¡Fiero soldado, sangriento,  
Saqueador de mi contento,  
Alojado a mi pesar,  
Soldado para quebrar  
Las alas del pensamiento!  
Plegue a Dios que mala espada  
Te atraviere hasta la cruz,  
O que la primera jornada  
Dos balas de un arcabuz  
Te dejen la sangre helada.  
Vuélete en alto un barril  
O llévete un esmeril  
La cabeza de los hombros,  
O solos estos asombros  
Como a mujer flaca y vil.  
En salva o meter de guarda  
Te pasen el corazón  
Con plomo o con alabarda;  
Dente, infame, un bofetón  
Dentro en el cuerpo de guarda.  
Vivas siempre y desmentido  
Siempre inhábil y abatido  
Para oficio militar,  
No echas suerte sin azar  
Ni jamás seas creído.  
Si pretendieres en corte  
No se crean tus papeles

Ni te den cosa que importe.

Porcelio: (Ya es razón que le consueles.

Leonardo: ¿Quién habrá que le reporte?)  
¿Ah, Cardenio?

Cardenio: ¿En qué me tardo?

Leonardo: Oye.

Cardenio: Déjame, Leonardo.  
¡Oh, vida enojosa y fuerte!  
¿Por qué si es dulce la muerte  
de su rostro me acobardo?  
¡Oh! Hábito afeminado,  
¿quién ha de querer vestillo?  
De que no lo haya rasgado  
me afrento y maravillo.  
(Desnúdase)

Leonardo: ¿Desnúdaste?

Cardenio: Déjame,  
Que así me desnudaré  
Los agravios del honor.  
Agravios, Leonardo, así  
Que al vestido han ofendido  
Sin tocar en lo secreto;  
Que pues que no tuvo efecto  
No pasaron del vestido.  
Idos, dejadme quejar.

Leonardo: Y ¿Qué dirá quién te viere  
Si alguno acierta pasar?

Cardenio: Dirán: "Aquel hombre muere  
de algún celoso pesar."  
Estas cartas guardaré,  
pues con ellas he perdido,  
y otras mías que estimé  
por baraja que ha servido,  
agora las romperé.

Leandro: No las rompas, que es locura.

Cardenio: Es una falsa escritura  
con un signo contra hecho.  
Rómpanse y rómpase el pecho,  
que fue su estampa segura.  
Estas cintas y cabellos  
se rompan, pues me enlazaron  
de Celia los ojos bellos;  
que si un tiempo el alma ataron,  
ya el alma se libra de ellos.

Porcelio: (Temo que se ha de volver  
Loco Cardenio.)

Leonardo: No hará.

Porcelio: ¿Por qué?

Leonardo: Por que ya lo está.

Porcelio: ¡Que priesa se da a coger!

Cardenio:  
Papeles rotos de las propias manos  
que os estimaron por reliquia santa,  
bien muestra agora el viento que os levanta  
que cuando más pesados sois livianos.  
Si de mi libertad fuisteis tiranos  
por esta fiera que escribiendo encanta,  
ya no tendrán conmigo fuerza tanta  
palabras locas y conceptos vanos.  
Sosiéguese celosos alborotos  
sin tener en [tan] poco mi osadía,  
torpes las manos y los dientes votos.  
Venid así; mas ¡ay! mortal porfia,  
que pues os vuelvo a mis entrañas rotos,  
hijos debéis de ser del alma mía.

Leonardo: Has hecho buena locura.

Cardenio: ¿No tenía yo retrato  
de Celia enojosa y dura?  
Sí, tengo. ¡Oh, retrato ingrato  
de aquella rara hermosura!

Leonardo: (Bueno va; piedra ha sacado  
y retrato le ha llamado.)

Cardenio: Bien aquel que te envió  
al vivo te retrato,  
piedra dura, pecho helado.  
Piedra que aquella crueldad  
me ha traído por indicio,  
que echó tiro a mi verdad;  
ya no piedra de edificio,  
mas piedra de tempestad.  
Mirad si he sido engañado  
y si Celia se ha burlado  
de mi amor puro y sencillo,  
pues es piedra del anillo  
del matrimonio trazado.  
¡Oh, piedra del muro, piedra  
donde pensaba arrimar  
a questa amorosa yedra,  
¿Quién te podrá sustentar?  
¡Oh, piedra que el alma empiedra?  
Ya soy alma que atormenta,  
piedra, tu piedra y rigor,  
y aunque eres pequeña en cuenta,  
ya se bien que no es mayor  
la que Sísifo sustenta.

Leonardo: (¡Oh, maldito sea el soldado  
y quien os le trajo aquí!  
¿Qué haremos?

Porcelio: Estoy turbado.)

Cardenio: ¿No hay quien se duela de mí?  
Moriré desesperado.  
Presto a Celia escribir quiero  
de la manera que muero.

Leonardo: Eso, sí; vístete y vamos,  
Que muertos de verte estamos.

Cardenio: ¡Venganza del Cielo espero!  
¡Oh, Julia, tus maldiciones  
se han cumplido! - ¿Qué me pones?

Porcelio: Acábate de vestir.

Cardenio: ¡Que el Cielo viniese a oír  
tan injustas peticiones!

Leonardo: ¿Qué dicen esos papeles?

Cardenio: Mil requiebros, mil ternezas  
Que una boca de claveles  
mandó a unas manos crueles  
poner en letras perfectas.  
Confiesa ser suya y dice  
Esto que su honor desdice;  
llámale su amigo y gusto,  
y a quien le causa disgusto  
aflige, enoja y maldice.

Leonardo: Con este enojo cruel  
para el grado no me agrada  
si así estudias por él.

Cardenio: Que no hay grados, sino gradas  
para servir al cruel.  
Id delante, que ya voy,  
que de ir la palabra os doy.

Leonardo: ¿Hay desdicha semejante?

*(Vanse los dos)*

Cardenio: ¡Válgame Dios, aquí estoy!

Celos bastardos, mal nacidos celos,  
obscura cifra y letra en lengua propia,  
que debajo de Scitia y de Etiopía  
estáis en dos iguales paralelos.

Matadores en forma de consuelo,  
de la invidia cruel natural copia,  
del disfrazado amor máscara impropia,  
ladrones de la capa de los cielos.

Puesto que ha sido vuestra la victoria  
de este dolor que el alma me penetra,  
tú, Amor, lo sabes, que mi mal escuchas.

Ya no entiendo si soy pena ni gloria,  
que os falta para cielos una letra  
y para ser infierno os sobran muchas.

Jornada Tercera

(*Entran Celia, Vireno y Tebandra.*)

Celia: Suelta la carta.

Vireno: ¿Qué importa  
si la has leído?

Celia: Es mi gusto.

Vireno: Es un gusto muy injusto;  
pero el enojo reporta.  
Vesla aquí.

Celia: ¿Qué haya en el mundo  
hombre que diga de mi  
que le amo y le escribí?  
Tebandra, engaño segundo.

Tebandra: Ya le he dicho yo a Vireno  
que las cartas mías son,  
aunque es tu letra.

Celia: ¿Hay traición  
ni pecho de tantas lleno?  
Vireno, viendo engañada  
a Tebandra de aquel hombre,  
que fingió nobleza y nombre,  
hacerla quise vengada.  
Su muerte le aconsejé,  
y él, por vengar mi traición,  
ha hecho aquesta invención;  
pero yo la desharé.

Vireno: Ya he sabido todo el cuento.  
Cardenio queda mortal,  
aunque tu inocencia igual  
y su celoso tormento

Celia: Ya veo que estas sin culpa  
de mi culpa escrita y dicha,  
porque es tanta mi desdicha  
que ella misma me disculpa.  
De los extremos que ha hecho  
estoy tan enternecida,



que se me anega la vida  
en lágrimas de mi pecho.  
todas aquellas locuras  
de sus celosos cuidados  
me los dan a mi doblados,  
y doblan mis desventuras.  
¡Ah, traidor soldados! Ayer  
diste muerte a mi esperanza,  
tomando en mujer venganza  
y con armas e mujer.  
Si matarte procuré  
por lo que a Tebandra toca,  
cuando mi honor me provoca,  
¿qué castigo te daré?

Tebandra: No te aflijas, por tu vida,  
que el cielo te ha de vengar.

Celia: Mas me obligará a quitar  
lo que sufro aborrecida.  
Los tres hemos de ir allá  
a hacer este desengaño,  
pues el autor del engaño  
ahora presente está.

Vireno: Traza el camino y derrota  
que a seguirte amor me inclina  
a la más remota China  
y a la tierra más ignota.  
Que Tebandra por tu gusto  
yo sé que lo mismo hará.

Tebandra: Satisfecha, Celia, está  
de que siento su disgusto.  
¡Muera aquel falso enemigo  
que tantos males me ha hecho!

Celia: Presto verás a su pecho  
tu venganza y mi castigo.

Vireno: ¿Cómo iremos?

Celia: No te espantes  
de lo que voy a decir:  
que nos hemos de vestir  
todos los tres de estudiantes.

Hijos habemos de ser  
de un caballero los dos,  
y tu el ayo.

Vireno:                                ¡Bien, por Dios!  
Seré el señor bachiller.

Celia:                                Maestro te llamaremos.

Vireno:                                Tú lo eres de esta invención.  
Más si se ofrece ocasión,  
¿qué ciencia profesaremos?

Celia:                                ¿No sabes tú algún latín?

Vireno:                                Como mi madre, y no más.

Celia:                                Alguna cosa hablarás.

Vireno:                                Hablaré como un rocín.  
Cuando muchacho llegué  
hasta las conjugaciones,  
y en conjugando ocasiones  
atascado me quedé.  
Otra vez pasé muy fino  
hasta el género volando  
pero dejélo en llegando  
al género femenino.  
Buena barba tengo yo  
para dómine.

Celia:                                Extremada.

Vireno:                                ¿Cuándo haremos la jornada?

Celia:                                Luego, al punto.

Vireno:                                Luego no,  
Que he menester prevenir  
Los anillos y herreruelos.

Celia:                                Busca un coche y prevendrélos.

Vireno:                                Por el coche quiero ir.  
Ya sois dóminas las dos.

Celia: Dómine, venite presto.

Vireno: ¿Qué he de responder a esto?

Celia: Que vendrás.

Vireno: *Vinere*, adiós.

*(Vanse todos y sale Velerio, Julia y Ostilio.)*

Valerio: Sospechoso me has dejado,  
Julia, con esta invención.

Julia: El corazón te ha engañado.

Valerio: Antes es el corazón  
profeta de mi cuidado.

Julia: ¿Qué te dice?

Valerio: Que tú has hecho,  
para descansar tu pecho,  
este enredo de tu mano,  
por lo que es tu gusto vano  
más que tu bien y provecho.

Julia: Gusto, ¿por qué?

Valerio: Porque está  
este tu ingrato estudiante  
que adoras en Alcalá.

Julia: De eso estaba yo ignorante.  
Celosa jornada es ya  
prometida en ocasión  
por un voto y devoción  
hecho al bendito San Diego.

Valerio: Yo pensé que por el fuego  
del alma y del corazón  
hecho a la imagen dichosa  
de Cardenio.

Julia: De esos celos  
seguro duerme y reposa.

Valerio: Quien hizo voto a los Cielos,  
que le cumpla es justa cosa;  
pero en aquesta jornada  
dejarás asegurada  
mi sospecha, Julia mía,  
llevando mi compañía  
si mi servicio te agrada.

Julia: Si por mi madre no fuera,  
fuera en aquesta ocasión  
donde te hablara y te viera.

Valerio: ¿Ha de faltar invención?

Julia: ¿Qué invención?

Valerio: De esta manera.  
Pues que no soy conocido  
de tu madre, aquesta noche,  
mudando lengua y vestido,  
traeré a tu puerta un coche,  
un cochero convertido.  
Con esto juntos iremos  
y a Ostilio hospedaremos  
a casa de algún amigo  
y yo podré hablar contigo.  
¿Qué dices?

Julia: ¿Si acertaremos?

Valerio: Esto ¿en qué se puede errar?

Julia: Pues, alto, la traza es buena.  
Parta Ostilio a procurar  
posada.

Ostilio: No tengas pena  
que falte casa y lugar.  
Yo la tendré prevenida.

Valerio: Y yo por el coche voy.

Julia: Haz cuenta que estoy vestida.

Valerio: Eres mi dueño.

Julia: Yo soy  
tu esclava.

Valerio: Tu eres mi vida.  
El ir contigo también  
a mi ventura lo debo;  
nombre de Faetón me den,  
pues el carro del sol llevo,  
que tú eres el sol, mi bien.

Julia: Antes me apruebo y mejoro  
tu atrevimiento, bizarro  
en llevar el carro de oro,  
que no eres quien lleva el carro,  
sino el mismo sol que adoro.  
Parte y vuelve, que aquí espero.

Valerio: Delante, como el lucero,  
Iré al Venus segundo,  
para dar nuevas al mundo  
que sale el sol verdadero.

(Vase Valerio.)

Julia: No son tus sospechas vanas,  
que por ver a tu enemigo  
en mis esperanzas vanas  
hace aqueste amor que sigo  
mil dificultades llanas.  
Celos me han hecho atrevida  
y de mi honor homicida  
mis presentes desventuras,  
que no da en menos locuras  
la mujer aborrecida.

(Vase Julia, y entra Cardenio.)

Cardenio: Quien no supo qué es amor,  
o quien lo supo y no sabe  
de una ausencia del dolor grave,  
no juzgue de mi dolor.  
Celos, mudanza y temor  
no me digan que consiente  
corazón que está presente,  
pues ve su mal y su bien;  
mas ¡desdichado de quien

está celoso y ausente!

Son mis celos un pesar  
del gusto ajeno pasado;  
y quien esto no ha probado  
no diga que sabe amar.  
Que de aquel celoso estar  
que agora es competidor,  
es ordinario dolor;  
mas tener celos de aquel  
que ya no se acuerdan de él,  
esta es perfección de amor.

(*Entra Leonardo y Porcelio.*)

- Leonardo: (Estará filosofando  
en su materia de celos.
- Porcelio: Sí, que mirando a los cielos  
está triste y suspirando.)  
¿Qué estás mirando a los cielos,  
Cardenio triste, en un ¡ay!?
- Cardenio: Miro el lugar donde hay  
descanso eterno y consuelos.
- Leonardo: ¿Vese en el cielo?
- Cardenio: No sé;  
sé que de ella a él me quejo  
y que el cielo un espejo  
a donde todo se ve.  
Y pienso que en él he visto  
con hermosura extremada,  
por figura imaginada  
como Andrómeda y Calisto.
- Porcelio: ¡Bravo astrólogo!
- Leonardo: ¡Extremado!-  
Mejor será que repose,  
que a esas gozaron dioses,  
pero a la tuya un soldado.
- Cardenio: ¿En celos pones razón?  
Muchas te han dado los Cielos.

Leonardo: No se pueden llamar celos  
los que averiguados son.

Cardenio: Pues ¿cómo se llamarán?

Leonardo: El vulgo les puso nombre

Cardenio: ¡Desventurado del hombre  
a quien ese nombre dan!

Leonardo: Celos, al fin, es celar,  
y celar es encubrir;  
encubrir quiere decir  
más propiamente guardar,  
siendo los agravios tiernos  
que han de guardar los cuidados;  
luego en siendo averiguados  
no son celos.

Cardenio: Pues ¿qué?

Leonardo: Cuernos.

Cardenio: Maldígate el diablo, amén.  
¿Por qué los llaman así?  
Pues de lo que no vi ni oí,  
¿es bien que culpa me den?

Leonardo: Está ya así recibido.

Cardenio: Dura ley.

Leonardo: Del mundo es.

Cardenio: Toda las hace al revés.

Leonardo: Legislador fementido.

Porcelio: ¿Cómo va de Celia?

Cardenio: Estoy  
de verla con gran deseo;  
pero sé que si la veo  
fuerza a mis agravios doy.  
¡Paciencia, Leonardo amigo!  
A morir ya todo el año

me detendrá aquí su engaño,  
destierro de mi castigo.

*(Estáanse los tres a una parte, y los tres estudiantes  
llamados Plácido, Honorio y Licelio dando  
vaya a Celia y a Tebandra, que vienen en hábito  
de estudiantes, y Vireno en hábito de su maestro.)*

- Honorio: Buenos vienen los novatos.
- Vireno: (Sentencia del Cielo, amén.  
¿Quién me trujo a mí también  
entre aquestos mentecatos?
- Tebandra: Afligida voz.
- Celia: Callad  
y no os cause pesadumbre,  
que lo tiene de costumbre  
cualquiera universidad.)
- Plácido : A él digo, al de buena cara.  
¿Lloró mucho a la partida?
- Celia: Lloré mi vida perdida  
por una desdicha rara.
- Porcelio: (Vaya les dan a los nuevos.
- Leonardo: Es ya vieja condición.  
Y por mi vida que son  
dos gentilhombres mancebos.)
- Licelio: Mas ¿qué traerán los regalos?
- Honorio: ¡Oh! Eso, los cofres llenos.
- Celia: Si son regalos venenos,  
hartos traigo y hartos malos.
- Plácido: Qué fruncido que está aquel.
- Honorio: ¿Por su madre llora ya?  
Ea, presto la verá.
- Celia: Más presto veré un cruel.



Plácido : ¿Ya vendrá de martes a martes su ordinario conocido?

Honorio: Estos, votos habrán sido de alguna cátedra de artes, aunque gramáticos rudos.

Licelio: ¿Han votado por concierto?

Celia: Que somos votos, es cierto, y que es muy posible agudos; pero hay dos votos aquí para la muerte de un hombre.

Honorio: Mas que quieren que me asombre, ¿son para matarme a mí? A no parecer capón, pensará que era valiente.

Vireno: (¿Qué nos quieres aquesta gente, que andamos en tentación?)

Honorio: Y el ayo, ¿no alza la cara?

Vireno: (Yo tengo de perecer.)

Honorio: Porque ayo podía ser de los infantes de Lara. Qué digo, señor gorrón, ¿es el que ha de comprar?

Vireno: Yo me voy a desnudar, que es mucha conversación y no estoy hecho a trabajo.

Licelio: Pues si la escopeta cojo...

Vireno: ¿Qué ha de hacer?

Licelio: Tapalle un ojo en disparando un gargajo.

Vireno: Suplico a vuestras mercedes que sean más comedidos, que son nuevos los vestidos.

- Plácido: Anima de Ganimedes,  
no te queremos dejar.
- Vireno: Dómines, por cortesía.  
*Obsecro vos.*
- Honorio: A fe mía  
que sabe latinear.
- Vireno: (Tomaos con aquel latín.  
Asombrados han quedado.)
- Licelio: Diga, ¿y eso halo estudiado  
almohazando algún rocín?
- Honorio: ¿Has sorbido mucho caldo  
a puerta de monasterio?
- Vireno: (Esto es mucho vituperio.  
Tiro el bonete.)
- Celia: Dejadlo.
- Vireno: Si a mi condición no fuera  
cosa obscena y cavilosa  
tirar gente no famosa,  
las arterias os rompiera.  
Aligérense de aquí  
antes que edificio embrace.
- Honorio: ¡ Ta, ta! ¿Bernardinas hace?
- Leonardo: (¿Qué miras?
- Cardenio: Mi muerte allí.)  
Vuestas mercedes se vayan,  
mis señores licenciados,  
que los nuevos son honrados  
y se afligen y desmayan.  
Perdónenlos esta vez,  
porque de la tierra son.
- Licelio: Por vos, Cardenio, es razón.
- Vireno: (¿Qué miras?

Celia: Vi mi jüez.

Vireno: Celia, sin duda está aquí  
a quien agora buscamos.)

Honorio: Un rato hacia escuelas vamos.

Licelio: Agora de allá salí.  
Mejor es a pasear  
toda la calle Mayor.  
Camine, señor doctor.

(Vanse.)

Cardenio: (Cielo, ¿Llegará a hablar?)

Celia: (Vireno, yo no he de hablalle  
hasta que al soldado vea.)

Cardenio: (¿Tú crees que de hombre sea  
aquel rostro y aquel talle?)

Leonardo: Pues ¿de quién?

Cardenio: De Celia es.)

Vireno: (Llega, que es piadoso oficio.

Celia: Primero veré a Fabricio.)

Cardenio: Quiérome echar a sus pies.

(Vanse.)

Leonardo: Tente, loco.

Cardenio: ¡Celia mía!

Leonardo: Que Celia se le ha antojado  
el otro estudiante.

Procelio: Has dado  
remate a la fantasía.

Cardenio: ¡Celia mía!

Leonardo: Tente bien.

Cardenio: Que es Celia; soltadme, pues.

Porcelio: ¿Estás loco?

Cardenio: Celia es,  
y Vireno aquél también.

Leonardo: ¿No ves que es hombre, Cardenio,  
y que eso parece mal?

Porcelio: ¡Que diese en locura igual  
un hombre de tanto ingenio!

Cardenio: ¿Hay desdicha semejante?  
¡Que éstos me tengan así  
al tiempo que a Celia vi!

Porcelio: ¿Qué Celia?

Cardenio: Aquel estudiante.

Leonardo: No conoces tu locura,  
pues por eso te tenemos,  
que el disparate que vemos  
de que estás loco asegura.

Cardenio: ¡Vive Dios, que es Cecilia aquélla!

Porcelio: ¡Qué brava locura tiene!  
Una forastera viene  
y alguna gente con ella.

*(Entra Julia, de camino, y Valerio de cochero, y Ostilio.)*

Leonardo: ¡Oh, si nos diesen ayuda!

Julia: El lugar me ha contentado.

Cardenio: ¿Hay hombre más desdichado?  
¡Qué hago agora esta gente acuda!

Julia: Es extremado el lugar;  
lleno del mismo sustento.

Valerio: Pues aquel viejo avariento  
más bien que dejó de hablar.

Cardenio: ¿Qué no me dejáis? ¿Qué es esto?

Valerio: Voces dan. Guarda un poco.

Leonardo: Dadnos favor contra un loco,  
gente honrada; llegad presto.

Ostilio: ¿Loco decís? Téngase él.

Valerio: Mi bien, a tenerle voy.-  
¿Qué es lo que mirando estoy?

Julia: Cielos, ¿no es Cardenio aquel?

Valerio: Cardenio es ese, señora,  
y loco, ¿qué haré?

Julia: Tenelle.  
¡A quien no lastima el velle!

Valerio: ¿A mucho que es loco?

Leonardo: Agora.

Cardenio: Mi señora ¡Vive Dios!,  
que no estoy loco.

Leonardo: Y no poco.

Julia: ¿De qué dicen que está loco?

Cardenio: De lo que quieren los dos,  
que yo ni sentido tengo.

Porcelio: Bueno, está loco de amor.

Julia: ¿De quién?

Leonardo: De Celia.

Julia: ¡Ah, traidor!  
¿Qué a ver tus locuras vengo?

+

Cardenio: ¿Esto crees?

Leonardo: No te espante,  
que a no tenerle aquí atado  
creo que hubiera forzado  
un desdichado estudiante.

Cardenio: ¿Tú no ves que Celia es  
ese estudiante?

Julia: ¡Ay de mí,  
que como Celia está en ti  
todo es Celia cuanto ves!

Cardenio: Si con este desengaño  
yo no cobro mi sentido,  
injustamente perdido  
quedaré por un engaño.

Valerio: Esta, sin duda, es flaqueza  
del ordinario estudiar.

Cardenio: (Por loco habré de quedar.)

Ostilio: Vahidos son de cabeza.  
Comer poco, estudiar mucho,  
es gran batalla del seso.

Valerio: ¿Dónde irá?

Julia: Llévadle preso  
a mi posada.

Cardenio: (¿Qué escucho?  
Pues ¿asido y por la calle?)

Valerio: Basta ser de nuestra tierra  
y un hombre tan conocido.

Cardenio: ¿Qué tierra?, que estoy corrido  
de que amigos me hagan guerra.  
Leonardo, ¿tú habías de hacer  
este enredo contra mí?

Leonardo: Ya le crece el frenesí;

vuestra ayuda es menester.

Valerio: Caminad a la posada.

Cardenio: ¿Hay desdichas como éstas?  
¡Ay, Celia, cuánto me cuestas!

Ostilio: Paso, no deis bofetada.  
¡Qué buen pago os dió la luna!  
¿Habéosla mucho mirado?

Cardenio: ¡A un cuerdo por loco atado!  
¿Qué es aquesto, cruel fortuna?

*(Llévanle asido, forcejeando entre todos, y sale Marcio solo, de camino de Alcalá.)*

Marcio: De un siego amor guiado  
y de su mano asido,  
en busca vengo de mi Celia bella.  
Buen camino es el mío  
si un ciego de otro ciego  
sus pasos fía y su gobierno deja.  
¡Ay, miserable vida  
la de un celoso amante  
que sigue a quien le huye  
y huye a quien le sigue!  
Pero, disculpa tiene mi locura,  
si amar a Celia bella  
no fue elección sino forzosa estrella.  
Bien sé que el viento sigo  
y en la arena siembro,  
al mar silencio pido,  
piedad al tigre fiero,  
a un bárbaro razón, sentido a un loco,  
a un juez apasionado  
justicia de mi pleito,  
al infierno descanso,  
fruto a una palma que sembré yo mismo;  
pero esperarle de ella,  
no fue elección, y no forzosa estrella

*(Apártense a un lado, y entra Celia, que saca al campo a Fabricio,  
y no lleva más de un daga.)*

- Fabricio: ¿No sabré qué me queréis?
- Celia: ¿De un muchacho os receláis?  
Mala condición tenéis.
- Fabricio: Fuera de la puerta estáis,  
y en el campo; ¿qué queréis?
- Celia: De Mártires es la puerta,  
y aunque para mí está abierta,  
por lo mucho que lo soy,  
vos seréis confesor hoy  
con mi confianza muerta.  
¿Conocéis a una mujer  
llamada Tebandra?
- Fabricio: Sí,  
solíala conocer.
- Marcio: (Cielos, ¿qué es esto que vi,  
o que es lo que vengo a ver?  
¿no es mi hermosa Celia aquélla  
Transformada en estudiante?)
- Celia: Contra vos formo querella,  
soldado vil y arrogante;  
yo os he de matar por ella  
meted mano, fementido,  
que ya rabio por hacello.
- Fabricio: Si yo no hubiera caído  
por las señas del cabello  
rubio, hermoso y recogido,  
señora, que sois mujer,  
pretendieraos responder;  
mas ¿quien sois, por vida mía?
- Celia: No me habléis con cortesía,  
que hombre y muy hombre  
Celia soy; Celia agraviada.  
Por vos perdí mi marido,  
de quien he sido olvidada  
por esa lengua que ha sido  
para mi deshonra espada.  
A mis manos moriréis.



Fabricio: Tened la espada, que hacéis  
a mi espada afrenta y mengua.

Celia: Teniendo de mujer lengua  
¿Espada de hombre traéis?  
Sois infamia de hombre honrada.  
¿Soldado vos? ¿Vos sois hombre  
habiendo el hombre afrentado?  
Ya no sois soldado en nombre,  
si no en afrentas soldado.  
Meted mano, que soy tal,  
que os habéis de desdecir,  
y esto no os parezca mal,  
porque bien puede reñir  
una mujer con su igual.

Fabricio: Con regalos pensé yo  
que enamorarme pudieras  
y el rostro que Dios te dió;  
pero de palabras fieras  
¿cual hombre se enamoró?  
No sé en qué llevas asida  
mi alma enlazo tan fuerte,  
ya de tus ojos herida,  
que más le está dando muerte  
con tu daga atrevida.  
Daga, acero ni otra cosa  
no dan al alma herida,  
sólo esa lengua amorosa  
es para quitar la vida  
al alma más poderosa.  
Por vengarme te ofendí  
cuando no te conocí;  
pero si satisfacción  
¿bastará que ese hombre diga  
de la que quieres de mí  
que una venganza me obliga  
que me desdiga esta tarde?

Celia: No, porque un hombre cobarde  
no es mucho que se desdiga.  
Fírmame sólo un papel  
en que digas este enredo,  
que aquí le traigo.

Fabricio: Sin él  
más satisfacción dar puedo  
muestra y de la traza de él.

Celia: Hinca la rodilla aquí  
y escribe.

Fabricio: El intento di.

Marcio: (¿Hay enredo semejante?  
¿Que esto pasa aquí delante  
y quede esperanza en mí?  
Todo el engaño sabía  
cuando vine; mas no tanto  
esta locura entendía.)

*(Entra Cardenio alborotado, como viendo que se ha escapado  
De los que le llevaban asido.)*

Cardenio: Gracias te doy, Cielo santo,  
de ver tu luz, sol y día;  
que según fué la locura  
de aquella gente conmigo,  
no espero tener ventura  
de alcanzar el bien que sigo  
ni gozar de tu luz pura.—  
¿Qué es esto que veo aquí?  
¿No es Fabricio el que está allí  
y Celia junto con él?  
¿Qué es esto, cielo cruel,  
tan presto tu infierno vi?  
Agora sí que estoy loco;  
tener mi sentido en poco  
justa razón me provoca,  
ya mi esperanza [se] apoca  
celos no que agravios toco.—  
¿Qué haces, di, fementida,  
con aqueste vil soldado,  
a quien quitara la vida  
si espada tuviera al lado  
como la trae ceñida?  
¡Vive el Cielo!

Celia: Menos brío.  
Tu satisfacción es ésta.

- Fabricio: No es sino tu desvarío.  
Oye.
- Cardenio: No admito respuesta  
Sin armas agravio mío.—  
¿Ah, caballero?
- Marcio: ¿Qué es esto?  
¿Sobre qué se han descompuesto?
- Cradenio: Esta espada, es cortesía,  
os pido, que yo la mía  
os diera a vos. ¡Presto, presto!
- Marcio: ¡Paso!
- Fabricio: Dádsela, que enfada  
ver tantos humos ¡por Dios!
- Cardenio: Dádmela ¡por Dios! Prestada.
- Marcio: Mejor reñiré por vos  
que no prestaros la espada.  
Aunque si es esta porfía  
por Celia, que en este día  
vengo obligado a seguir,  
con los dos he re reñir  
porque también Celia es mía.  
Con el uno agora, es cierto,  
pues sola una espada queda  
para cumplir lo que advierto,  
porque el otro luego pueda  
tomar la espada del muerto.
- Cardenio: Buen tercero sois, por Dios.  
Un enemigo tenía;  
mas ya sé que tengo dos.
- Fabricio: Yo, pues que Celia no es mía,  
ya ni con él ni con vos.  
Lo que yo escribía aquí  
era una satisfacción  
del engaño que emprendí,  
por vengar mi corazón,

Cardenio: que sólo a Tebandra adoro.  
Si esto es así, mi locura  
y haberla ofendido lloro,  
y mi honra, en vos segura,  
Confirmo, apruebo y mejoro.  
Y pues ya soy vuestro amigo,  
a guardaros fe me obligo  
por el amistad jurada.  
Dadme prestada la espada  
para matar mi enemigo.

Fabricio: Gran bajeza hubiera sabido;  
mejor es reñir por vos ¿qué he tenido?  
sin cólera estoy ¡por Dios!  
para quien no me ha ofendido.  
Pero ¿con qué fundamento  
quiere hacer el casamiento  
un hombre que agora estaba  
a donde Julia posaba,  
su primero pensamiento?

Celia: ¿Cómo? ¿Qué Julia está aquí?

Marcio: Digo que con él la hallé  
y que en su casa le vi.

Cardenio: Yo confieso que la hablé  
llevándome loco allí,  
que de camino venia  
y no la conocía.

Celia: ¿Esto has hecho? Pues, ingrato,  
¿con ese fingido trato  
me engañabas?

Cardenio: ¡Celia mía!  
Celia, aguarda.

Celia: Déjame  
Vuelvete a Julia.

*(Vase Celia)*



Julia: Leonardo muy bien entiendo  
que el mal ajeno que escucho  
es atrevimiento mucho,  
y de que lo sea me ofendo.  
Dejad ese pensamiento,  
que es frenesí que os ha dado,  
que decirme ese cuidado  
es dar palabras al viento.  
Muy bien os podéis volver.

Valerio: (Aun esto el diablo sería.)  
Vámonos, señora mía,  
que tenéis mucho que hacer.

Leonardo: ¿Quién os mete en esto a vos?  
A vuestro coche acudí.

Valerio: Bueno es quien me mete a mí.  
Hola, hermano, anda con Dios.

Leonardo: Dejadnos solos un rato.

Valerio: ¡Mal año, bien lo entendéis!

Leonardo: Yo se que merced haréis  
a quien no diréis ingrato.  
Llevaréis este doblón.

Valerio: ¿Qué doblón? Que no le quiero.

Leonardo: ¡Oh, que enfadoso cochero!  
¿Sois gabacho o sois valón?

Valerio: Soy el diablo disfrazado.

Leonardo: Borracho viene, por Dios.  
mi señora, habladle vos.

Valerio: ¿Cómo hablar?

Leonardo: Vete, cuitado,  
que te quebraré los ojos.

Valerio: No lleguéis a la mujer,  
que ahí el diablo podría ser.

Cardenio: ¿Sobre quién son los enojos?

Valerio: Vámonos de aquí, señora.

Leonardo: Basta, que este mentecato  
es la guarde y recato  
de Julia y mi muerte agora.

Cardenio: Pues de Julia ¿qué pretendes?

Leonardo: Hame parecido bien.

Valerio: Y a mí guardarla también  
si por ventura la ofendes.

Leonardo: ¿Hay más gracioso picaño?

Valerio: La vida me ha de costar,  
o con ella no has de hablar.

*(Entran Tebandra y Fabricio conformes.)*

Fabricio: Ya se descubrió el engaño.

Tebandra: ¿Cardenio no quedó allí?

Cardenio: Tebandra noble y bella,  
¿qué es de mi Celia?

Tebandra: Con ella  
estoy, porque ella está en ti.  
De celos de aquesa dama  
sé yo que de ti va huyendo.

Julia: Decidla que no la ofendo  
y que la engaña la fama.  
Que sus celos asegure.

*(Entra Celia, Vireno y Marcio.)*

Tebandra: No hay seguridad en celos.

Vireno: Yo sé que han de hacer los celos

que esta amistad viva y dure.  
Vos, Marcio, no lo estorbéis.

Marcio: Como yo le vea casado,  
quedaré desengañado.

Vireno: Pues agora lo vereis.  
Pero dejadme llegar.  
Cardenio, ¿qué haces aquí?

Cardenio: Estoy, Vireno, sin mi,  
loco y ciego de llorar.

Vireno: Agora podrás mejor,  
pues Celia, decirlo puedo,  
caminando va a Toledo  
con Marcio, a quién tiene amor.  
Fuese porque había sabido  
que con Julia habías hablado,  
Y así palabra le ha dado  
de mujre y él de marido.  
Salí tras ellos por ver  
Si algún remedio tendría;  
mas el viento no podía  
tan velozmente correr.  
Hice seña con la espada  
puesta en la mano y desnuda;  
pero todo fue, sin duda,  
invención antes trazada.  
Dijelos cien mil afrentas;  
pero nada aprovechó.

Cardenio: ¿Tan cuerdo te escucho yo  
la tragedia que me cuentas?  
Muerto soy, sin honra vivo.  
¿No hay quién me preste una espada?

Marcio: Aquí esta Celia obligada  
a vuestro amor excesivo.  
No soy yo quien la llevé,  
sino quien la trae agora.

Cardenio: Dejadme, dulce señora,  
que en mil abrazos os dé  
y mano y fe de marido.



- Celia: Yo soy quien ha de ser vuestra  
viva eterna la fe nuestra.
- Cardenio: ¡Oh, mi Vireno querido!  
Como un ángel me presentas  
la que el alma me robó.
- Vireno: "¿Tan cuerdo te escucho yo  
la tragedia que me cuentas?"  
Presto un alma enamorada  
rinda un dolor excesivo.  
"Muerto soy, sin honra vivo.  
¿No hay quien me preste una espada?"
- Cardenio: ¿Qué hay en Tebendra y Fabricio?
- Marcio: Que son marido y mujer.
- Leonardo: Y que yo lo pienso ser  
de Julia.
- Valerio: Porque soy Valerio  
y no el cochero que veis.  
Mi Julia, dadme la mano.
- Julia: Confieso mi obligación.
- Leonardo: Vana salió mi intención  
y mi pensamiento vano.
- Marcio: Conmigo os consolareis,  
que también me quedo así.
- Cardenio: A Toledo desde aquí  
acompañarnos podéis.
- Marcio: Eso será justa cosa.
- Leonardo: Hacedllo estoy obligado.  
Aquí se acaba, senado,  
*La Escolástica Celosa.*

